LIBER AMORIS

PREÁMBULO

"Sois parte de mí, y yo mismo soy UNO con todos y cada uno de vosotros. El sólo recuerdo de quien sois y la certeza de que nada puede salir mal, debería ser suficiente para que respirarais con gozo cada instante de eso que llamáis vida".

Comenzamos agradeciendo al lector que ha posado sus manos y fijado sus ojos en este texto.

La Comunidad de la "ECCLESIA DIVINA DE LA ETERNA NATURA" (EDEN) existe desde hace mucho tiempo, y es en estos momentos cuando decide darse a conocer, y a la vez difundir los

principios que componen su doctrina. Doctrina forjada en el Conocimiento transmitido y desde la Gracia revelada.

Fruto de estas sagradas fuentes es este libro y la sabiduría que atesora, la cual nos invita de una forma amable a reconectarnos con nuestro origen y con nuestra divinidad.

Somos testigos de que el mensaje del Liber Amoris está tocando el corazón de cada vez más seres humanos y de que es un Legado que transmite la Gracia Divina en el Eterno Presente.

Lee con el corazón y comparte conscientemente su lectura. Que el mensaje

del Liber Amoris continúe circulando como el agua del río y recordándonos que el Texto Sagrado ya vive dentro de nuestros corazones.

El Liber Amoris contiene un mensaje optimista, trascendente y rebosante de bondad, que aviva nuestro deseo de unirnos en el reconocimiento del más Puro Amor. Así, el Liber Amoris nos une en el entendimiento de lo que significa vivir bajo las Leyes de la Naturaleza y en resonancia con la Ley Divina.

El Liber Amoris destila una esencia de sabiduría común, reconocida por la Comunidad Religiosa denominada “ECCLESIA DIVINA DE LA ETERNA NATURA” (EDEN), o la NUEVA IGLESIA ANTIGUA, como nos

atrevemos a llamar quienes honramos el legado de nuestros ancestros que forjaron el camino que ahora transitamos en estos tiempos Sagrados.

El Consejo de la Comunidad EDEN, 2023

INDICE

Introducción....8

Libro primero de creación....15
1. El Origen de la Creación....20
2. La Creación como acto de Amor Divino....27
3. La danza sagrada de los elementos y la....34
4. La Ley Natural en el origen de la creación....43

Libro segundo del ser humano: principio vitae....49
1. El nacimiento del ser....59
2. Nacer llorando por el olvido de nuestra....70
3.- El Alma de la Humanidad....80

Libro tercero del amor....84
1. El amor: Un himno a la belleza de la vida....84
2. La Rendición del Amor....116
3. La unión desde el amor eterno y....123

Libro cuarto de la Ley Natural....133
1. La Ley Natural en la creación divina....137
2. El libre albedrío....182
3. Otros derechos inmanentes....199

Libro quinto de la presencia / conciencia....206
1. Dialogar con la naturaleza solar....212

2. La revelación divina en el silencio de la.....216
3. La Vibración de la Existencia Humana.....220
4. La Vibración en la Naturaleza y en Nosotros.....223
5. La búsqueda de la verdad.....227
6. La Esencia del Alma y el Olvido de 231
7. El olvido como herramienta de aprendizaje.....233
8. La Experiencia Mística y el Éxtasis.....236
9. El diálogo divino en el momento del ahora.....243
9.1 Cada instante es un santuario donde.....243
9.2. La Paradoja del Tiempo: Más Allá de lo.....246
9.3. Percibir a Dios en la Profundidad del.....249

Libro sexto de la vida eterna.....251
1. El sagrado paso de la vida terrenal a la.....252
2. Vida eterna.....278

Epílogo.....284
1. Actos de culto. Ritos y ceremonias.....284
2. Oración.....289
3. Meditación.....290
4. Lectura del libro sagrado.....292
5. Reuniones de la entidad religiosa E.D.E.N. 293
6. Ceremonia de iniciación.....294
7. Recapitulación final.....297
8. Revelaciones.....318

INTRODUCCIÓN

Esta Comunidad surge a raíz de diversas experiencias, individuales y colectivas, a través de las cuales ha sido transmitida, en unos casos, y revelada en otros, la información que constituye la base y la esencia de nuestra Doctrina. Tales experiencias han sido recopiladas en el que hemos denominado **Liber Amoris**, un texto que se compone inicialmente de seis libros menores y que tiene para esta comunidad el carácter de libro sagrado.

El Amor al Creador y a toda la creación, visible e invisible, es nuestra inspiración, único anhelo y guía. La razón de nuestra existencia

como Comunidad no es otra que la de acompañarnos mutuamente en el camino hacia la Fuente Divina junto a todos los seres que sientan la llamada.

Dios está en todos y cada uno de nosotros. Ha impreso en nuestro ser el proyecto divino. La Ley Eterna, que es la voluntad de Dios, se manifiesta aquí, en lo terrenal, a través de las leyes naturales. Estas leyes constituyen fuente inagotable de donde debe beber todo ordenamiento humano.

El ser humano ha sido dotado de un cuerpo, templo del espíritu, con el cual manifestarse en esta realidad. Todas y cada una de las partes de este cuerpo deben ser

bendecidas y purificadas. Somos guardianes de su pureza, pues constituye una obra maravillosa del Creador digna del respeto y de la consideración mas sublime. Nada debe ser introducido en él en contra de la voluntad individual de cada ser, nada debe ser admitido en el cuerpo que pueda alterar ese equilibrio natural con el que ha sido dotado. Constituye un grave incumplimiento de las Leyes del Creador introducir, en la forma que sea, en el cuerpo de un ser humano cualquier sustancia o elemento sin permiso de su morador, así como permitir que sean introducidas en el templo del espíritu sustancias o elementos que no provengan directamente de la Naturaleza o que puedan en alguna medida

alterar el maravilloso equilibrio original con que ha sido dotado.

La inspiración divina es fuente inagotable de amor y sabiduría. A ella debemos tantas y tantas páginas escritas que, a lo largo de los siglos, nos transmiten la palabra de Dios. El Liber Amoris no es un texto más. Es la puerta al autoconocimiento, a un nuevo entendimiento de los misterios que rodean nuestra existencia y un camino, sin duda excitante, hacía una nueva realidad mas justa, armónica y solidaria.

La actual situación que vivimos precisa de una acción a largo plazo basada en una Nueva Consciencia y una Nueva Percepción. Una

Percepción de Unidad y una Consciencia de Amor.

De esta forma, la Nueva Realidad se debe construir en torno a una Verdad Fundamental: que todo lo que hagamos a los demás nos lo hacemos a nosotros mismos; que lo que dejamos de hacer por los demás lo dejamos de hacer para nosotros; que el dolor y la alegría de los demás es nuestro propio dolor y alegría; y que el repudio de una parte de los demás supone repudiar una parte de nosotros mismos.

Nuestro Liber Amoris hace un recorrido por las etapas fundamentales de nuestra existencia, desde la creación del todo y el

nacimiento del ser humano, hasta el fin temporal de una vida inmortal. De igual forma, analizamos, desde la profundidad que nos permite el conocimiento revelado, conceptos esenciales tales como el amor o la Ley Natural.

Tres simples palabras coronan toda la doctrina que contiene este libro:

1- Sabiduría.

2- Verdad.

3- Amor.

Que siempre estén presentes en todos y cada uno de los instantes de nuestra existencia.

Tres simples frases se encuentran en el sustrato de nuestra conciencia:

1- Todos/as somos UNO.

2- No hay nada que tengamos que tener, que ser o que hacer.

3- Podemos compartirlo todo porque hay suficiente para todos/as.

Speramus te invenire viam, quae ad Creatorem ducit, eam numquam deseras

LIBRO PRIMERO DE LA CREACIÓN

"Os he dado todo lo que necesitáis para ser felices. Es tan sólo una cuestión de elección. Desde el agua de la vida hasta los alimentos naturales de los que os he provisto. Nada más precisáis para permanecer en salud y armonía. Eso si, vigilad vuestras emociones. No os preocupéis, no temáis, no odiéis. Que todo lo que salga de vosotros emane desde vuestra parte más elevada. La felicidad es el mejor antídoto contra la enfermedad".

Con estas palabras, el Creador nos transmite que todo lo creado es obra Suya. Al

mismo tiempo, nos invita a ser felices, a participar de Su felicidad. Si ahondamos en nuestra posición dentro de la creación, no existe ninguna razón para no ser felices. Y, además, Dios conecta el estado de felicidad con una vida saludable, de forma que las emociones, cuya máxima representación estaría constituida por el miedo o temor, pueden alterar nuestra salud y provocar lo que denominamos enfermedad.

La existencia de un Dios o Creador constituye un dogma inquebrantable e indiscutido dentro de la doctrina de EDEN. Podemos denominarlo, y de hecho así se hace, de diferentes maneras, pero se trata de una Única y Eterna Esencia. Dentro de esta

comunidad usamos la palabra NUMEN, también genérica, pues es sinónimo de Deus y en nuestra doctrina tiene un significado de localización concreta, esto es, en referencia a las actividades que desarrollamos o la los lugares de culto donde practicamos nuestros ritos.

El Creador nos transmite que Él es el único y supremo artífice de todo lo que existe. Y que el camino que el ser humano debe recorrer en este mundo material debe estar presidido por el sentimiento de la felicidad.

Nos ha sido revelado que todo cuanto existe, visible o invisible, ha sido creado por Dios, siendo el ser humano su acto de

creación mas sublime.

En un principio, la energía pura (Dios) vibraba a una velocidad tan alta que dió origen a la materia. Es una energía en expansión y, en estos momentos, el universo se sigue expandiendo. Nuestros pensamientos son vibración pura y, a través de ellos, podemos llegar a crear materia física.

La gran explosión de “todo lo que Dios no es” , en el sentido de la relatividad en que vivimos pues Dios no puede no ser algo, produjo un infinito número de unidades mas pequeñas, a las que denominamos espíritus. A esto nos referimos cuando hablamos que el ser humano ha sido creado a imagen y

semejanza de Dios. Significa que nuestra esencia es la misma. Si bien es sólo a través de lo físico como podemos experimentar lo que conocemos conceptualmente. Por ese motivo, el Creador creó el universo físico y el sistema de relatividad que lo gobierna.

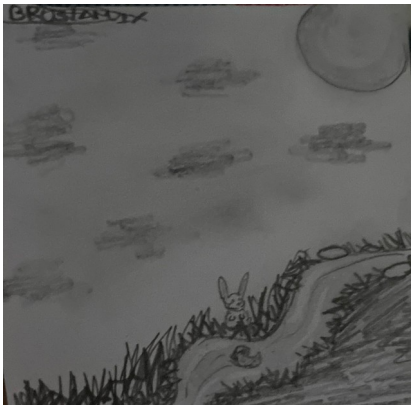
Podemos imaginar que Dios es un maravilloso océano. Siempre ha existido. Ahora recojamos de ese océano un vaso repleto de agua. En ese momento, esa porción de agua (un vaso) se individualiza, pero ha existido siempre. De igual modo sucede con el alma: hubo un instante en que se convirtió en un vaso de energía, pero a partir de un Ser Original Inmortal.

En la medida en que esa pequeña porción va creciendo en energía, en personalidad y en la conciencia que tiene de sí misma, se va haciendo mayor y mas parecida al Creador.

Todo fue creado a la vez, y todo existe justo en este momento, ahora.

1. EL ORIGEN DE LA CREACIÓN

En realidad, nos ha sido transmitido que son cinco las emociones naturales: la tristeza, la ira, la envidia, el miedo y el amor. Todas ellas se reconducen a dos principales o finales: el temor y el amor. Si bien, al final de todo, sólo hay una realidad: el amor.



Así, seremos felices cuando nuestro último pensamiento fue verdad, nuestra ultima palabra fue de sabiduría y nuestra última obra fue amorosa.

Cuando Nos habla de “vuestra parte mas elevada”, Dios se está refiriendo al espíritu humano, que es el que nos conecta con Dios y vibra permanentemente en la energía del amor.

Por tanto, y como se deduce de todo ello, la existencia de un Dios o Creador constituye

un dogma inquebrantable e indiscutido dentro de la doctrina de EDEN. Podemos denominarlo, y de hecho así se hace, de diferentes maneras, pero se trata de una Única y Eterna Esencia.

Nos ha sido revelado que todo cuanto existe, visible o invisible, ha sido creado por Dios, siendo el ser humano su acto de creación mas sublime.

En un principio, la energía pura (Dios) vibraba a una velocidad tal alta que dió origen a la materia. Es una energía en expansión y, en estos momentos, el universo se sigue expandiendo. Nuestros pensamientos son vibración pura y, a través de ellos, podemos

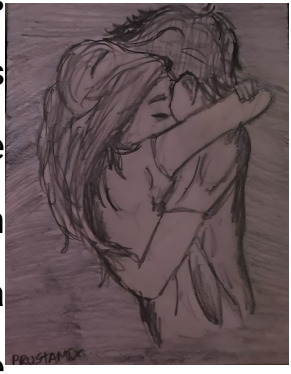
crear materia física.

“ Todo fue creado a la vez, y todo existe justo en este momento, ahora.”

En los albores de la eternidad, cuando el divino misterio envolvía la realidad en su abrazo etéreo, se desató el nacimiento de la vida, una exquisita génesis que entrelazaba los hilos del cosmos, un acto divino que resonaba como un canto celestial.

Dios, con su aliento creador, dio origen a las formas más simples y complejas, revelando así la esencia misma de la existencia.

Desde el fulgor primigenio, cuando la Divinidad pulsaba en la vastedad del infinito, surgió el impulso divino de la creación. Dios, en su sabiduría infinita, modeló los mundos conocidos y los mundos invisibles con la esencia misma de su ser. No fue un acto efímero ni caprichoso, sino un despliegue majestuoso de la voluntad divina que trascendía todo entendimiento humano.



En la creación de los mundos visibles, Dios esculpió la realidad tangible con la misma destreza con la que un artista moldea la arcilla. Cada rincón de este

vasto universo fue creado con un propósito, tejido con la luz de las estrellas y la esencia divina que permea toda existencia. Los mundos visibles se erigieron como testigos visuales de la magnificencia de Dios, un reflejo material de su divina voluntad.

No obstante, la creación no se limitó al plano visible. Dios, en su infinita creatividad, tejió los mundos invisibles, dimensiones sutiles que escapan a la percepción sensorial humana. Estas esferas trascendentales, imbuidas de energía divina, actúan como el lienzo en el que la danza de lo etéreo se manifiesta. Los mundos invisibles son el hogar de fuerzas y seres espirituales que cumplen

con el propósito divino de mantener la armonía en el gran tapiz cósmico.

En cuanto al origen desde la nada, es un misterio que sobrepasa las fronteras de la comprensión humana. Dios, en su infinita omnipotencia, no necesita un origen ni un punto de partida, pues Él es la Fuente misma de todo ser. La creación no es un acto de fabricación a partir de la nada, sino una emanación constante de la divinidad. Dios es la Fuente Eterna de la cual fluyen todas las cosas, y en su esencia, todo encuentra su origen y su destino.

"Desde el comienzo de la existencia eterna, la palabra ya habitaba, y esa palabra

coexistía su ser con la Divinidad, siendo intrínsecamente divina. Desde el principio, estaba presente con Dios. Todo lo que existe fue formado a través de su influencia, y sin su intervención nada de lo que conocemos habría llegado a manifestarse ni existir.

2. LA CREACIÓN COMO ACTO DE AMOR DIVINO

Dios, la Fuente Divina o el único y primer Creador, emana una frecuencia primordial que es la esencia misma de toda existencia. Esta frecuencia es la vibración fundamental que permea todo el universo y

da origen a la Creación.

Esta frecuencia divina es la expresión máxima del Amor y la Sabiduría Divinos, manifestándose como la fuerza creativa que da forma a todo lo que es.

La Palabra Divina es la fuerza creativa. Esta palabra lleva consigo una vibración sagrada que da vida a toda la creación, es la voluntad divina. La Palabra Creadora tiene una vibración que es el principio activo que sostiene y da forma a la realidad.

La Divinidad posee un conocimiento infinito que abarca toda la creación. Esta

Consciencia Divina es la fuente de todo entendimiento y sabiduría en el universo. La conexión entre la frecuencia y la vibración divinas con el conocimiento y la consciencia implica que cada elemento del universo lleva consigo una parte de la sabiduría divina. La búsqueda espiritual y el crecimiento están destinados a sintonizarse con esta frecuencia divina para despertar la consciencia y comprender la Verdad última.

Nuestro anhelo espiritual como hijos de Dios es armonizarnos con la frecuencia divina, permitiendo que la propia vibración interior refleje la perfección y la unidad con la Fuente Divina. La música sagrada, la oración y las

prácticas espirituales se consideran vehículos para sintonizarse con esta frecuencia.

Desde nuestro corazón pedimos continuamente experimentar una unión más profunda con Dios o la Fuente Divina a través de la elevación espiritual, reconociendo que toda la creación está tejida por la misma vibración divina. Cuando comprendemos la creación del universo como un acto de amor divino que se manifiesta a través de la frecuencia y la vibración, se conecta todo lo creado con la Fuente Suprema y Dios se expresa en nuestras vidas con su máximo esplendor. La búsqueda espiritual implica sintonizarse con esta frecuencia divina para alcanzar la plenitud de la consciencia y la

comunión con lo divino.

Dios en su sabiduría infinita nos habla del pensamiento primigenio como acto de amor infinito. La Mente Divina, imbuida de amor, concibe la creación como un acto de dar vida y compartir ese amor ilimitado. El amor divino se convierte en la fuerza motriz detrás de todo lo que existe. La creación se manifiesta no solo como una expresión de la sabiduría divina, sino también como la materialización del amor incondicional de Dios por su Creación.

La unión entre el pensamiento primigenio

del amor divino y la creación establece una relación íntima entre Dios y la creación, especialmente con el ser humano. Se contempla que cada ser humano es creado con un propósito específico y dotado con el don del libre albedrío para responder al amor divino. Así la creación, se convierte en un acto de relación y comunión, donde el amor de Dios por la humanidad se manifiesta en la capacidad de los individuos para experimentar, comprender y responder a ese amor en sus vidas diarias.

Al reconocer el amor de Dios como el pensamiento primigenio, tenemos la responsabilidad humana de reflejar ese amor

en la vida cotidiana. A través de actos de bondad, compasión y servicio desinteresado, los seres humanos participan en la expansión del amor divino en la creación. En nuestra conexión con el pensamiento primigenio del amor, somos impulsados a ser co-creadores conscientes, contribuyendo a un mundo que refleje y magnifique el amor divino en cada acción y elección.

3. LA DANZA SAGRADA DE LOS ELEMENTOS Y LA ESENCIA DIVINA

"En la danza sagrada de los elementos, los seres elementales y la esencia divina,

descubrimos que estamos entrelazados en una trama divina dirigida y orquestada por Dios en su majestuosa sabiduría. Al comprender esta conexión profunda, la realidad se desvela como un tapiz divino, tejido con hilos de amor, aprendizaje y recordación. Nos convertimos en co-creadores conscientes, participando activamente en la danza sagrada de la existencia."

El peregrinaje del cuerpo humano por la Madre Tierra es más que un simple tránsito; es una sagrada trinidad compuesta por el cuerpo, el alma y el espíritu. El cuerpo, animado por las emociones, se fusiona con el espíritu mientras el alma, en su afán de recordar, entabla un diálogo íntimo con los demás seres vivos terrestres. En este místico viaje, nuestro

espíritu, como los perros que perciben el mundo a través del olfato, se conecta con la esencia divina a través de los elementos visibles que nos rodean.

Sobre los Elementos Visibles: Agua, Aire, Fuego, Tierra y Éter.

Y Dios creó en el vasto universo, cinco elementos fundamentales —agua, aire, fuego, tierra y éter— que danzan en una sinfonía divina. Estos elementos, más que meros componentes de nuestro entorno, son arquetipos que reflejan la esencia humana en su dimensión física y sutil. Cada elemento, cual manifestación de las fuerzas divinas,

afecta y conforma nuestro ser en su totalidad.

En el ciclo sagrado de la Creación, el fuego solar calienta las aguas que se elevan en vientos celestiales, moviendo la tierra desde sus cimientos. Desde las alturas celestiales, el éter desciende junto al vital líquido que nutre la tierra, fomentando la vida en plantas y animales. Este ciclo eterno refleja la obra divina que surge de la interacción armoniosa de los cinco elementos.

Este mismo ciclo alquímico se reproduce en la destilación, donde el fuego transformador calienta el agua que atraviesa la tierra de plantas medicinales,

desencadenando el viento que extrae el éter, el espíritu de las plantas. Este elixir destilado, más que una medicina, es un néctar espiritual que refleja el proceso alquímico de los cinco elementos.

Al destilar la esencia de las plantas, no solo obtenemos un elixir de curación, sino también una oportunidad para que nuestra esencia humana divina aprenda y se transforme. Todo lo físico, desde las plantas hasta las piedras y cristales, alberga un alma impregnada de la esencia divina por obra de Dios, ofreciéndonos medicina y guía en nuestro viaje espiritual.

La Conexión con la Naturaleza y la Esencia Divina.

En la Tierra, donde reside nuestro poder, reconocemos que el agua, el fuego, el aire y la tierra no son meros elementos externos, sino fuerzas íntimamente tejidas en nuestro ser. El éter, envolviéndonos, nos hace conscientes de este poder compartido con la naturaleza, y es nuestro deber respetarla y agradecer por los frutos que sustentan nuestra existencia.

Dios en su infinita sabiduría, dió a cada elemento de la naturaleza una cualidad particular —sequedad, humedad, frío y calor—

que se combinan para dar lugar a la quinta esencia, el éter. Estas cualidades actúan en un equilibrio divino, manifestando la armonía que nutre la Madre Tierra. En rituales estacionales, anclados en la tierra, agradecemos a cada elemento, utilizando minerales y rocas vibracionales en sintonía con su energía.

Las estaciones del año, guiadas por estos elementos divinos, revelan ciclos de transformación y generación. El calor acelera la vitalidad, el frío aporta temple, la sequedad favorece la madurez, y la humedad nutre la vida. En la combinación de estas cualidades nace el éter, el quinto elemento que emana de la intención amorosa del ser humano,

conectándonos con la esencia divina del Creador.

La Armonía de los Elementos y la Esencia Divina Interior.

La tierra, el agua, el fuego y el aire residen en nuestro Ser, y el éter nos rodea, recordándonos la conexión intrínseca con la esencia divina. En esta simbiosis sagrada, reconocemos que cada elemento es más que una fuerza externa; son extensiones de nuestro propio ser espiritual.

La correcta proporción de estos elementos dentro de nosotros da lugar a la

armonía, al éter. Este quinto elemento nos acerca a la esencia divina que permea todo ser vivo y nuestro planeta mismo. En este equilibrio divino, encontramos la llave que despierta la conciencia humana hacia su verdadera naturaleza, una manifestación de la divinidad en la danza eterna de los elementos.

El ser humano, investido con cuerpo, espíritu y alma, fue elevado a la condición de regente en este plano existencial, un designio divino que lo convirtió en custodio y co-creador en la danza eterna del universo. El cuerpo, santuario terrenal que acoge la chispa divina, es el receptáculo de nuestra existencia en este plano de dualidades. El espíritu, guiado

por la gracia de Dios, enlazado con lo trascendental, dirige nuestros pasos en esta travesía cósmica, conectándonos con la luz eterna que emana de la fuente misma de la creación. El alma, tejida con los hilos de la eternidad, es la esencia inmutable que perdura a lo largo de las eras, una creación divina que lleva impreso el sello de Dios. En ella reside la memoria de nuestro origen divino, el eco de las estrellas que nos vieron nacer.

Venimos, imbuidos de la luz eterna emanada por Dios. Nuestra existencia eterna y divina está sumida en este viaje cósmico, donde cada paso es una danza sagrada hacia la unidad con Dios.

4. LA LEY NATURAL EN EL ORIGEN DE LA CREACIÓN

"Y Dios todopoderoso en su magnánima sabiduría comenzó a crear todas las cosas bajo la única y verdadera ley, La Ley Natural".

Intrínsecamente entrelazada con el designio divino, se manifiesta como un sagrado e inmutable reflejo de la voluntad de Dios en el tapiz de la creación. Desde los albores del Génesis, cuando Dios, con majestuosidad creadora, esculpió la existencia con Su aliento, inscribió en la esencia misma de la creación los preceptos eternos de Su

divina ley. Este código moral, emanado de la esencia misma de la Trinidad, se revela como un faro luminoso que ilumina el camino de la humanidad hacia la comunión con lo divino.

Al contemplar la creación, somos invitados a reconocer la presencia inmutable de la Ley Natural, tejida con hilos de gracia y verdad. Es un recordatorio constante de que cada aspecto de la existencia está impregnado con la sabiduría divina, un testimonio del amor generoso con el cual Dios dispuso la creación como un espacio sagrado para la revelación de Su gloria. En este orden divinamente establecido, la Ley Natural surge como la melodía armoniosa que dirige los movimientos de todas las criaturas hacia la

adoración y la obediencia al Creador.

La imagen del ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, lleva consigo el sello de la Ley Natural como un pacto sagrado. Este sello no es solo un distintivo, sino un llamado divino a vivir de acuerdo con los principios inmutables que Dios ha grabado en el corazón humano. A través de la razón y la conciencia, los hijos de Dios pueden discernir esta ley inscrita, que actúa como una guía celestial en el camino de la rectitud.

En el esplendor de esta revelación, se manifiesta la importancia de la Ley Natural en

la vida de la creación. No es simplemente un código ético externo, sino la emanación misma de la Divinidad que sostiene la realidad. La Ley Natural, en su pureza, es la voz de Dios que resuena en la creación, llamando a sus criaturas a una comunión más profunda, a vivir en armonía con los designios celestiales.

La encarnación de esta ley en la creación revela que cada aspecto, desde el más diminuto al más grande, está imbuido con la presencia divina. Las estrellas en sus órbitas danzan al compás de la Ley Natural, los ríos fluyen siguiendo sus preceptos, y la humanidad encuentra su verdadero propósito al vivir en conformidad con esta sagrada

ordenanza. En la interacción con la Ley Natural, la creación responde al llamado de Dios, manifestando Su gloria y contribuyendo a la restauración del orden divino en un mundo propenso a la desviación.

Decimos que, ***"la Ley Natural se erige como el lazo sagrado que conecta la creación con el corazón de Dios. En su esencia, es la expresión divina que gobierna la existencia, guiando a la humanidad hacia la plenitud de la comunión con lo divino. Reconocer y abrazar la Ley Natural, es responder al llamado trascendental de vivir en armonía con la voluntad eterna de Dios, permitiendo que la creación refleje, de manera gloriosa, la majestuosidad de su Creador.***

LIBRO SEGUNDO DEL SER HUMANO: PRINCIPIO VITAE

El ser humano constituye el acto de creación mas sublime. En constante evolución, se compone de cuerpo, alma y espíritu. El cuerpo se constituye en el templo del alma y del espíritu. El alma es la esencia del ser humano, lo que somos; el espíritu es el aspecto de la humanidad que conecta con Dios. El alma, guiada por el designio divino, inicia su descenso hacia el plano terrenal. Este acto de encarnación es más que la unión de la esencia eterna con la carne perecedera; es la expresión del amor incondicional del Creador

por Su creación. El alma, en su descenso, lleva consigo la luz del divino y la semilla de la divinidad que germinará en la experiencia humana.

El ser humano es amo de su conducta en virtud de la inteligencia y libre albedrío con los que ha sido creado. La personalidad procede de manera directa de aquellas partes de nuestra alma que elegimos trabajar en esta existencia con el fin de conseguir su purificación, así como de aquellas otras partes que nuestra alma entrega al proceso de purificación en que estamos involucrados.

Esta última constituye la parte de nuestra

personalidad dominada e inspirada por el amor.

"Cuidad del templo que habéis elegido habitar. Contiene todo lo necesario para una correcta y permanente homeostasia. Protegedlo adecuadamente, pues él os permite desarrollar la misión divina en la Tierra. Nada debe ser introducido en él en contra de la voluntad de su morador. Si algo en él debe ser repuesto, que provenga de la misma fuente, con idéntica pureza. Dad a ese cuerpo el destino adecuado al final de sus días. Lo que de la naturaleza vino desnudo, a la naturaleza ha de volver en idéntica forma".

El Creador nos hace tomar conciencia de la importancia de cuidar adecuadamente nuestro cuerpo, en tanto que manifestación de nuestro ser en esta realidad y templo que alberga los elementos que nos conectan directamente con Dios. Y no sólo esto, el cuerpo nos permite experimentar la realidad que vamos creando y, al mismo tiempo, Dios se experimenta a sí mismo a través de todos y cada uno de nosotros/as.

Es importante destacar que, en su original diseño, el cuerpo humano ha sido dotado de todo lo necesario para permanecer en constante equilibrio, saludable. Consecuencia ineludible de ello es que debemos ser

especialmente vigilantes para que no sean introducidos en el cuerpo elementos o sustancias que puedan alterar ese equilibrio.

Sin duda, nuestro Creador nos transmite que todo lo que entre a nuestro cuerpo debe provenir directamente de la naturaleza, en el estado mas puro posible. De esta forma evitamos la contaminación del templo de nuestra alma y damos cumplimiento al mandato divino.

Vamos evolucionando desde una especie que persigue el poder exterior hacia otra que aspira a ostentar el autentico poder, que está en el interior de todos y cada uno de los seres

que constituimos la Humanidad.

“La nueva vida se gesta en nueve meses, tiempo necesario y suficiente para preparar una amorosa bienvenida al nuevo ser, quizá tan o más antiguo que sus propios padres. Durante ese tiempo es especialmente importante ser sensible con todo lo que entra en el cuerpo, y con todo lo que sale de él. Emociones bellas y pensamientos positivos obrarán maravillas en la nueva vida. Padres y madres, habéis sido elegidos como únicos destinatarios de un mandato divino: cuidad y educad al ser al que habéis ayudado a materializarse en vuestro mundo. Es exclusiva responsabilidad vuestra”.

Los seres humanos somos tribales, gregarios, necesitamos la compañía. Es en la compañía que aprendemos, que descubrimos nuestra esencia, que sanamos, que amamos, que procreamos y que, finalmente, legamos nuestra experiencia para el bien de las futuras generaciones. El arquetipo del matrimonio, pensado para la supervivencia física, está siendo sustituido por un nuevo arquetipo: la unión sagrada o la unión espiritual. El objetivo de esta sociedad no es otro que el crecimiento espiritual. De esta forma, se entiende que el objetivo de una relación no es que puedo obtener sino que es lo que puedo aportar. Y su duración viene determinada por el tiempo que sea adecuado para su evolución juntos:

Mientras crezcan juntos es adecuado que permanezcan unidos.

En la dualidad de la encarnación, el alma experimenta la vida en un cuerpo como una oportunidad para aprender, crecer y recordar su conexión con el Creador. El cuerpo se convierte en el templo sagrado donde la Presencia de Dios reside de manera única y personalizada. Cada latido del corazón, cada respiración, es una expresión de la voluntad divina encarnada.

A pesar de las vicisitudes terrenales, el alma lleva consigo la impronta eterna del Creador. A través de las pruebas y

tribulaciones, la esencia divina interior resplandece, recordando a la criatura humana su origen celestial. La vida en la forma es un peregrinaje espiritual, un retorno consciente a la Presencia de Dios.

En última instancia, la encarnación se convierte en un viaje de redención y elevación. A medida que el alma avanza en su peregrinación terrenal, la conexión con el Creador se reaviva. La encarnación, lejos de ser una condena, se revela como una oportunidad divina para que la esencia eterna se exprese y evolucione en la dimensión material.

En esta danza sagrada entre lo eterno y lo temporal, el alma encarnada descubre la verdad de su existencia: somos esencia eterna y divina encarnada en un cuerpo mortal. La encarnación, lejos de ser un descenso a la oscuridad, es una ascensión hacia la luz de la comprensión espiritual. En la encarnación, la Presencia del Creador se revela a través de la experiencia humana, El ser humano constituye el acto de creación mas sublime.

1. EL NACIMIENTO DEL SER

El Descenso Sagrado: La Encarnación del

Espíritu en la Morada Terrenal.

Y se vuelve a recordar "Cuidad del templo que habéis elegido habitar. Contiene todo lo necesario para una correcta y permanente homeostasia. Protegedlo adecuadamente, pues él os permite desarrollar la misión divina en la Tierra. Nada debe ser introducido en él en contra de la voluntad de su morador. Si algo en él debe ser repuesto, que provenga de la misma fuente, con idéntica pureza. Dad a ese cuerpo el destino adecuado al final de sus días. Lo que de la naturaleza vino desnudo, a la naturaleza ha de volver en idéntica forma".

En la divina existencia, el alma, chispa sagrada de la creación, emprende un viaje ancestral desde las esferas celestiales hasta la encarnación en la forma humana. Este acto supremo, marcado por la gracia del Creador, representa el paso del espíritu eterno hacia la morada terrenal.

En las esferas celestiales, el alma experimenta la plenitud y la totalidad de la Presencia de Dios. En ese reino espiritual, la consciencia se entrelaza con la esencia divina en una danza eterna, sin restricciones ni límites. Sin embargo, en un acto de amor sublime, el Creador dispone el descenso del alma hacia la realidad material.

El alma, guiada por el designio divino, inicia su descenso hacia el plano terrenal. Este acto de encarnación es más que la unión de la esencia eterna con la carne perecedera; es la expresión del amor incondicional del Creador por Su creación. El alma, en su descenso, lleva consigo la luz del divino y la semilla de la divinidad que germinará en la experiencia humana.

El cuerpo, tejido en el útero de la creación, se convierte en el sagrado recipiente que acoge

al alma descendente. La unión del espíritu eterno con la forma mortal es un misterio que trasciende el entendimiento humano. Es la conjunción de lo divino y lo terrenal, la fusión de la Presencia de Dios con la fragilidad de la carne.

La encarnación no es simplemente el acto de habitar un cuerpo; es la manifestación tangible de la voluntad del Creador de experimentar la realidad humana. En el crisol de la existencia terrenal, el alma experimenta el velo de la ilusión, olvidando temporalmente su origen celestial para inmersarse en la trama terrenal.

Los seres humanos, conscientes de nuestra propia mortalidad desde el primer aliento, enfrentamos la certeza ineludible de la muerte. Este fenómeno implica descomposición y renuncia al control de aquello que construimos con tenacidad. Siendo criaturas efímeras en la Tierra, dependemos de los alimentos para sustentarnos y de los materiales para mantenernos. Compartimos con los demás organismos vivos la inevitabilidad de descomponernos. Todo lo que consumimos a lo largo de la vida es, en última instancia, un préstamo divino que debemos devolver al morir, como parte del divino designio de Dios.

La Fuente Divina, confiere a las estrellas la misma condición vital que a cualquier otro ser, naciendo y muriendo en un ciclo continuo. Celebrar la vida misma implica permitir su extinción para que surja una nueva existencia, según el sagrado designio de Dios. La invitación divina de la providencia al mostrar la maravilla de la muerte es renunciar a conservar cualquier cosa material de este mundo, excepto las experiencias atesoradas en nuestra conciencia, siguiendo el mandato divino. A medida que avanzamos en la vida, es imperativo compartir y donar, llegando al final del camino con un fardo liviano bajo la mirada compasiva de Dios. La Madre Tierra, receptáculo divino, imparte su energía y

vibración a todos los seres vivos que brotan de su seno. Los hijos de la Tierra, en su existencia terrenal, tienen el deber sagrado de agradecer el amor de su Morada Celestial, cuya energía protege y nutre a aquellos que la aman.

En la medida en que los hijos de la Tierra aman y agradecen a su Morada Divina, se fortalecen las defensas naturales contra las energías de bajas vibraciones que acechan. El Amor, como arriba es abajo, refleja la compasión divina y planetaria, exigiendo el compromiso de la humanidad con el Amor. En la aplicación sincera del amor, la Fuente Divina derrama su gracia, invitando a los seres humanos a ser parte activa de su cuidado

divino sobre el reino y las criaturas terrenales.

Y Dios nos puso los árboles como maestros silenciosos y portadores de la esencia divina, actúan como puentes entre el cielo y la tierra. En cada asentamiento, se planta un árbol sagrado, elegido en diálogo fructífero con la comunidad boscosa circundante, cuya energía y sabiduría guían y acompañan a los hijos de la Tierra. Estos seres arbóreos, manifestación de la voluntad divina, son guardianes y aliados espirituales en el caminar de la humanidad.

Nuestra Alma, forjada en el crisol del amor divino, comprende que la espada física

no defiende la luz interna, pero la espada espiritual, reflejo de la luz sagrada, protege con vigor la esencia divina que mora en el corazón humano. El compromiso con esta noble causa transforma al ser humano en un testigo de la luz suprema, portador de la verdad divina.

La Fuente Divina, nos ha dotado de guía espiritual conectada con los mundos sutiles de la naturaleza. Cuando nos acercamos a nuestro centro espiritual, más comprendemos las diferentes dimensiones de la realidad que existen en Dios, entrando en armonía con los elementos. Esta es la fuerza interna necesaria para utilizar el flujo de la naturaleza en el momento apropiado. La magia, manifestación

de la voluntad divina, se revela cuando el ser humano es íntegro consigo mismo y con los demás, cuando sus acciones reflejan la coherencia con sus sentimientos y están alineadas con la divina providencia.

En esta danza eterna, Dios quiere que la Madre Tierra nos invite a brillar con la luz divina y a crear magia desde el corazón. Aunque nuestros cuerpos humanos puedan perecer, la luz donada a la divinidad será eterna, resplandeciendo por siempre. Pueden destruir nuestros pueblos, pero no nuestra esencia de amor no la conexión con la Madre Tierra que nos abraza hasta la última exhalación. La historia que debemos legar a

nuestros descendientes no es la pérdida de lo material, sino las victorias espirituales y la luz emanada de la compasión de Dios por aquellos que consideraron enemigos a quienes honraron la sabiduría de la naturaleza y la esencia misma del ser humano.

Desde la pura consciencia de existir y la pura cognición, se revela que el sentido de la vida radica en el esplendor y la gloria de la misma vida, cuando el ser divino que albergamos goza de la pura existencia, conforme al divino plan de Dios.

Este esplendor y esta gloria de la vida nos hacen responsables, individual y

colectivamente, tanto del nacimiento como de la muerte. Asimilar la muerte voluntaria anticipada y asistida no difiere mucho del proceso de nacer, en el cual los progenitores participan sin conocer el alma que facilitarán encarnar, según la divina sabiduría de Dios.

2.- NACER LLORANDO POR EL OLVIDO DE NUESTRA DIVINIDAD

Cuando un ser humano llega a la Tierra y pronuncia su primer aliento, abandonando el vientre materno con un llanto que resuena en los cielos, se inicia la manifestación de un espíritu en su travesía terrenal. Este grito

inaugural no es simple casualidad, es el eco de un impulso divino que fluye desde el centro mismo del Universo cada día, otorgado por la Gracia de Dios a toda alma que anhele encarnar. Esta energía primordial y celestial es la destreza con la cual el nuevo Ser pisa la Tierra. La fecha de su llegada no solo es motivo de celebración, sino también de profundo agradecimiento, pues la comunidad se beneficiará de una nueva destreza que contribuirá al bienestar de sus miembros.

El parto, expresión esencial de la naturaleza, no es excepción para el ser humano. A las mujeres sabias les corresponde guiar a las jóvenes en todo el

proceso de la maternidad, preparándolas para el sagrado momento del parto. El embarazo, sostenido física y emocionalmente por la mujer y espiritualmente por el hombre, requiere una colaboración estrecha. La serenidad de la futura madre, así como la de su familia y la comunidad, es esencial en este acto sagrado. El parto, un proceso vital, debe ser atendido con amor en espacios dignos, facilitando la integración del nuevo ser en la vida terrenal, según la voluntad divina de Dios.

Desde la Fuente Divina, se nos ha ido enseñando que el acto de procreación debe revestirse de ceremonialidad y propósito, siendo la actividad sexual más que un simple

encuentro físico entre la mujer y el hombre. Busca, en su esencia más profunda, percibir la esencia divina como una explosión de gozo, recordándonos que la felicidad es nuestra razón como espíritus encarnados bajo el divino designio de Dios.

La procreación es un acto de amor hacia la comunidad y hacia nuestra esencia eterna y divina en Dios, ya que facilitamos el tránsito de un alma hacia la existencia terrenal, efímera pero siempre intensa y transformadora. Es imperativo consultar con nuestra guía espiritual para preparar y orientar el sentido de la nueva concepción, buscando la sabiduría y guía divina de Dios. La colaboración de la

comunidad durante la gestación es esencial, ya que las experiencias en el vientre materno son tan cruciales como las energías divinas recibidas en el momento del nacimiento, conforme a la divina providencia de Dios.

El llanto de un recién nacido se presenta como una de las primeras pruebas para los padres. Es un lenguaje sutil que emana del alma del bebé, buscando atención desde el primer aliento concedido por Dios. Conocer el lenguaje del llanto nos proporciona

pistas sobre sus necesidades básicas y, más allá de eso, revela su esencia humana, siendo un diálogo más allá de las palabras, una expresión pura de sensación, sentimiento y estado de ánimo. Observar al bebé es la mejor manera de comprender ese primer lenguaje natal, preparándonos para captar su esencia divina conforme al plan divino de Dios.

Tras el nacimiento, el nuevo ser humano demanda una observación constante por parte de la pareja y la comunidad. Los primeros años de vida se rigen por la práctica del contacto continuo, facilitando el desarrollo físico, mental y emocional, según el divino diseño del Creador. La madre, el padre o los

cuidadores atenderán las necesidades del bebé sin juicios ni invalidaciones, siguiendo el ejemplo de la compasión divina. Es esencial hacer sentir al bebé que es bienvenido y tenido en cuenta, sin convertirlo en el centro de atención permanentemente, según el equilibrio que Dios dispone.

Cultivar las habilidades especiales que nos hacen divinos es la encomienda del Creador. Toda nueva vida debe aprender desde lo más básico hasta las actividades necesarias para el sustento de la comunidad, conforme a la sabiduría divina. El juego y la imaginación, pero también la creatividad usando elementos de la naturaleza,

estimularán sus capacidades más artísticas, como una expresión divina de la creatividad. Durante esta primera etapa, se fomentarán sus habilidades sutiles que mantienen todavía puras e intactas dejando que jueguen y desarrollen su potencial en la visualización del mundo invisible como parte intrínseca en la naturaleza de la creación, según la revelación divina de Dios.

Conforme se va desarrollando el Ser y bajo la mirada y bendición divina de Dios, se estimula la observación no sólo del funcionamiento de su cuerpo físico sino también del entorno natural y los comportamientos sociales del grupo y de la

comunidad, en especial el diálogo constructivo y la reflexión, según la guía divina. También se fomenta la autonomía personal tanto en conocer las propias emociones y sentirlas conscientemente como en aprender a cubrir sus necesidades básicas.

Es nuestro deber para con el nuevo Ser, que llegue por sí mismo a vislumbrar con certeza, el encuentro con el equilibrio entre la belleza y la sabiduría del cuerpo y del alma como parte intrínseca al desarrollo y evolución de nuestro conocimiento de lo que somos en esta vida, según la divina guía de Dios.

Dialogar con la Vida en Comunidad

Dios ve con ojos bondadosos, como la comunidad se erige en testimonio palpable de la Creación divina, donde los seres humanos, dotados del poder de saber, decidir y actuar, participan activamente en la construcción y destrucción de sus relaciones. Este entramado de interacciones es la manifestación constante de la voluntad de Dios en la vida colectiva. Imitar la naturaleza, modelo de autoconstrucción constante, se convierte en un acto de veneración a la divinidad que permea todo.

La vida en comunidad debe reflejar el principio de frugalidad abundante, donde el

valor de las cosas se mide en relación con la unidad de referencia universal, la Vida misma, emanada de la esencia divina. Dios nos llama a ser administradores responsables de los recursos que nos ha brindado, para que el bienestar común prevalezca sobre la acumulación superficial.

3.- EL ALMA DE LA HUMANIDAD

Con ello nos estamos refiriendo a que existen partes de la experiencia personal y de las características del ser humano que contribuyen a la evolución de la humanidad. Es lo que se ha venido denominando en los

últimos tiempos el **inconsciente colectivo**.

Ello nos tiene que hacer conscientes de la importancia de permanecer siempre, o el mayor tiempo posible, en la vibración mas elevada posible. Pues también como humanidad, lo que sembramos, recogemos.

Esa vibración elevada nos introduce en un estado de permanente felicidad. En realidad, si ahondamos en nuestra posición dentro de la creación, no existe ninguna razón para no ser felices. Este estado de felicidad mantenido en el tiempo es una de las claves para una vida saludable. Cuando perdemos nuestro centro, las emociones se convierten en serios y

poderosos enemigos de nuestra salud. De esta forma, las emociones, cuya máxima representación estaría constituida por el miedo o temor, pueden alterar nuestra salud y provocar lo que se denomina enfermedad.

A través de los legados originarios, nos ha sido transmitido que son cinco las emociones naturales: la tristeza, la ira, la envidia, el miedo y el amor. Todas ellas se reconducen a dos principales o finales: el temor y el amor. Si bien, al final de todo, sólo hay una realidad: el amor. Cuando hablamos de nuestra parte mas elevada nos referimos al amor, la sabiduría y la verdad.

Así, seremos felices cuando nuestro ultimo pensamiento fue verdad, nuestra ultima palabra fue de sabiduría y nuestra última obra fue inspirada por el amor.

LIBRO TERCERO DEL AMOR

1. El AMOR: UN HIMNO A LA BELLEZA DE LA VIDA

El sentimiento mas elevado es sentir la unidad con todo. Es el sentimiento de amor perfecto. El amor es la suma de todo sentimiento, el sentimiento mas grandioso.

Dios nos ha dado la capacidad de crear nuestra realidad. Y la podemos crear a través del pensamiento, de la palabra o del sentimiento. Podemos afirmar que el sentimiento es el lenguaje con el que se

expresa el alma humana. Alegría, verdad y amor constituyen los aspectos mas elevados a través de los que nos manifestamos.

Todos los actos humanos, en este mundo de relatividad, están motivados por una de estas emociones: el amor o el miedo. Son los extremos opuestos de la mayor de las polaridades y constituyen la fuerza motriz que pone en marcha el motor de la experiencia del ser humano. Y ello porque para poder experimentar el amor había de existir también su contrario: el temor, lo que el amor no es. Todo con el objetivo de que podamos experimentar el amor.

El que ama no elige nada para sí mismo, sino que únicamente busca hacer posible los deseos de la persona amada. Es tanto como decir que desea para ella lo que ella misma desea para si misma.

"Y Dios lo manifestó y el Amor se revela como un delicado poema entrelazado en la danza de las flores y el canto melodioso de los pájaros. Las flores, con su despliegue de colores y fragancias, son los versos sagrados que la naturaleza ofrece al corazón humano. En su efímera existencia, cada pétalo es una expresión divina que proclama la belleza y la generosidad de la Creación. Los pájaros, mensajeros alados, son las notas musicales

que resuenan en el firmamento, llevando consigo la melodía eterna del Amor divino. Sus trinos son la oración que eleva la esencia del Ser al Creador, manifestando la armonía que impregna cada rincón de la realidad. A través de esta sinfonía de flores y pájaros, la naturaleza revela el misterio del Amor divino que fluye como un río celestial, uniendo todo en un abrazo eterno creado por la mano de Dios."

"El Amor es una fuerza vibratoria divina y es la energía que nos integra y asiste en la vivencia de expandir nuestra consciencia desde y hacia el Corazón, abriéndonos así a la aceptación de la Verdad."

En la vastedad del universo, donde cada

estrella es un destello de la divinidad del Creador, emerge una fuerza que trasciende toda creación: el Amor, acto primordial que da vida y sentido a la existencia. En el principio, cuando Dios tejía el tapiz de la realidad, la energía del Amor surgió como la esencia misma de la Creación.

El Amor, emanación divina del Creador, es la máxima expresión de la energía que permea todo lo creado en el planeta Tierra. Es la fuerza que vincula los corazones de los seres humanos, animales, plantas y minerales en un tejido sagrado de interconexión. Esta energía, que reside en lo más profundo del Ser, es el reflejo de la Presencia de Dios en cada

manifestación de vida.

La esencia del Amor, como energía cósmica, se origina en el corazón mismo de Dios, fuente infinita de amor incondicional. Es la chispa divina que enciende el universo y se despliega en ciclos vitales interconectados. Cuando el Creador infundió Amor en la creación, marcó el principio de la armonía universal.

La energía del Amor no conoce límites ni fronteras; es omnipresente, impregnando cada rincón de la Tierra. Es un río divino que fluye a través de las estaciones del año,

manifestándose en la vitalidad de la primavera, la plenitud del verano, la cosecha del otoño y el reposo del invierno. En cada ciclo, el Amor renueva la creación y fortalece los lazos que unen a todas las formas de vida.

En la conexión sagrada entre los seres vivos, el Amor se manifiesta como el hilo que teje la trama de la existencia. Es la fuerza que impulsa a las madres a cuidar de sus crías, a los árboles a brindar sombra generosa, y a los seres humanos a compartir compasión y generosidad. Esta energía divina, presente en todo acto benevolente, refleja la imagen del Creador en la creación.

La expansión del Amor en el planeta Tierra es una danza cósmica que se despliega desde el núcleo de cada ser. Cuando los corazones humanos se abren a la Presencia Natural del Ser, permiten que la energía del Amor fluya y se expanda, transformando vidas y tocando cada rincón del planeta. Es un recordatorio constante de la conexión esencial entre todas las expresiones de la Creación.

El Amor es la energía más poderosa del planeta, trascendiendo cualquier dualidad y elevando la conciencia a niveles divinos. En la luz del Amor, la humanidad encuentra su propósito y dirección. Es a través del acto amoroso que los seres humanos se convierten

en instrumentos de la voluntad divina, manifestando la armonía de la Creación en cada paso de su peregrinaje terrenal.

En esta cosmovisión sacra, el Amor se erige como el lazo divino que une a todas las criaturas en una danza armónica. Es la fuerza que impulsa a los seres humanos a cuidar de la Tierra, a preservar la diversidad de la vida y a honrar la sagrada interconexión entre todas las formas de existencia. En la mirada amorosa, en el toque compasivo y en la benevolencia desinteresada, se refleja el rostro del Creador en la creación. Que el Amor, como energía divina, siga guiando nuestros corazones en el camino de la trascendencia y

la unidad con la Presencia Natural del Ser, manifestación viva del Amor eterno de Dios.

El Amor: Vínculo Divino que Unifica la Creación

El Amor se erige como la esencia divina que entrelaza a los seres humanos y a todas las criaturas vivientes. Es la energía que fluye desde el corazón del Creador, manifestándose como el lazo sagrado que une cada rincón del universo. Vamos a disfrutar y regocijarnos en el misterio del Amor, explorando su conexión intrínseca con la Ley Natural que gobierna la

Creación.

El Amor, como fuerza cósmica, trasciende las limitaciones del tiempo y el espacio. Es la vibración primordial que da origen a la realidad y une a todos los seres en una danza armónica. Cada latido del corazón humano, cada suspiro de la naturaleza, es una melodía divina que resuena en el vasto coro de la Creación. Esta conexión se revela como una manifestación palpable de la Ley Natural, un código impreso por el Creador en el tejido mismo de la realidad.

Es Dios quien lo quiere así para que el

Amor se manifieste como la fuerza motriz que impulsa el flujo constante de la vida. En el abrazo maternal de la Tierra, en la canción del viento, en el cálido resplandor del Sol, vemos reflejada la manifestación de esta energía divina. La Ley Natural, como guía eterna, revela que el Amor es el fundamento sobre el cual se erige la existencia, regulando la interacción armoniosa entre todas las formas de vida.

La conexión del Amor con la Ley Natural se manifiesta en los ciclos vitales que gobiernan la naturaleza. Desde el renacer de la primavera hasta la serenidad del invierno, cada estación es un testimonio de la sabiduría contenida en la Ley Natural. El Amor guía el

proceso de crecimiento, florecimiento y decadencia, recordándonos la importancia de fluir con los ritmos divinos que gobiernan la Creación.

La relación entre el Amor y la Ley Natural se profundiza aún más cuando observamos cómo esta energía divina se expande a través de la interconexión entre los seres vivos. En cada acto de altruismo, en cada gesto de bondad, vemos la Ley Natural manifestándose como el impulso intrínseco de todos los seres

hacia la armonía y la cooperación. Es el Amor que nos llama a cuidar de la Tierra, a preservar la diversidad biológica y a reconocer la unicidad de toda vida.

El Amor, como expresión de la Ley Natural, se convierte en la brújula moral que guía la conducta humana. En el respeto hacia los demás, en la compasión hacia los seres vivos y en la reverencia hacia la Tierra, encontramos la manifestación de la Ley Natural en la vida cotidiana. Cada elección basada en el Amor se convierte en un eco del divino propósito que

subyace en la Creación.

En este camino espiritual, el Amor se revela como el puente que conecta el plano terrenal con la trascendencia divina. Es a través de esta energía sagrada que los seres humanos pueden experimentar la Presencia Natural del Ser, sintiéndose uno con la manifestación eterna del Creador. La Ley Natural, como directriz, nos llama a reconocer el Amor como la fuerza que moldea nuestro destino y nos eleva hacia una comprensión más profunda de la existencia.

Que el Amor, como unificador cósmico,

siga guiando los corazones humanos en la comprensión de la Ley Natural. En cada acto de amor, en cada expresión de bondad, recordamos nuestra conexión innata con la Creación y reconocemos la Ley Natural como el código divino que rige nuestro ser. Que el Amor sea la llama que ilumina nuestro camino espiritual y nos acerque a la Presencia Natural del Ser, revelando la verdad eterna de que somos hijos del mismo Creador, unidos por el lazo del Amor divino.

Camino a la sanación a través del Amor.

De la misma forma que fuimos creados, la

sanación física, mental y espiritual emerge como un sagrado proceso guiado por la energía del Amor, don divino que emana del Creador. La senda de la curación se despliega ante nosotros, y los factores que la influyen son bendiciones que el mismo Dios nos otorga. La conexión con la fuente primordial, con Dios, es el cimiento de toda sanación, siendo el Amor la fuerza que fluye como un río celestial, irrigando cada aspecto de nuestro ser.

La conciencia de la Presencia Natural del Ser en nosotros, reconocer la chispa divina que mora en cada fibra de nuestro ser, es esencial para la curación. Este entendimiento

teológico nos revela que la base de la salud física, mental y espiritual radica en la armonización con la voluntad del Creador. Es a través del Amor, el hilo dorado que conecta nuestras almas con lo divino, que encontramos la fortaleza para superar las aflicciones y enfermedades.

La fe en Dios, en la fuerza creadora que sostiene el universo, actúa como un bálsamo para el corazón herido y la mente agotada. Al invocar a Dios en nuestros momentos de necesidad, abrimos las puertas a la sanación divina. Encomendar nuestras dolencias a la misericordia del Creador nos coloca bajo el manto amoroso que todo lo abarca, brindando

consuelo y esperanza en el camino de la recuperación.

La comunión con Dios a través de la oración y la meditación no solo nutre el espíritu, sino que también impacta positivamente en la salud física y mental. La energía del Amor, proveniente de la conexión con lo divino, actúa como un elixir restaurador que fluye a través de nuestras células, renovando la vida en su esplendor. La consciencia de ser instrumentos de la voluntad divina nos infunde el propósito de mantener nuestros cuerpos como templos sagrados que albergan la presencia del Ser Supremo.

El servicio desinteresado, inspirado por el amor a Dios y a nuestros semejantes, se erige como un pilar fundamental en la senda de la sanación integral. Al poner en práctica la compasión y la benevolencia, canalizamos la energía divina hacia la creación de un entorno propicio para la salud y el bienestar. Este acto de amor refleja la voluntad de Dios de manifestar su divinidad a través de la bondad y la ayuda mutua.

En verdad podemos decir, que la sanación física, mental y espiritual se encuentra intrínsecamente ligada a la relación con Dios y a la manifestación del Amor divino en nuestras vidas. En este camino de conocimiento a la

curación, cada desafío se convierte en una oportunidad para acercarnos más a la esencia creadora que nos sostiene, permitiendo que el Amor fluya en nosotros y a través de nosotros, guiándonos hacia la plenitud que emana del corazón del Creador.

Servir desde el Amor.

Es grandioso designio del Creador que la llama divina del amor se manifieste de manera sublime a través del servicio desinteresado al prójimo, un acto sagrado que se erige como pilar fundamental en nuestra evolución de

consciencia. Inspirados por el amor de Dios, nos convertimos en instrumentos vivos de Su divino propósito, participando activamente en el Plan Celestial que nos llama a servir como expresión máxima de la conexión con lo divino.

El servicio desinteresado, enraizado en el amor a Dios y a nuestros semejantes, se revela como una senda de iluminación espiritual. Es a través de la entrega al prójimo que manifestamos el amor que fluye desde la fuente misma de toda existencia, siendo el Creador la esencia que nos guía en este noble propósito. Al comprendernos como siervos del Plan Divino, reconocemos que cada acto de

servicio contribuye al tejido sagrado que une todas las formas de vida en una danza armoniosa.

La consciencia de nuestra conexión con Dios se profundiza cuando dedicamos nuestro tiempo y energía al servicio altruista. Al reconocer que somos agentes de la voluntad divina, nuestro servicio se convierte en un testimonio de devoción y obediencia al Creador. Este acto trasciende las limitaciones del ego y se convierte en un reflejo del amor puro que emana del corazón del Todopoderoso.

Servir al prójimo como acto de amor se convierte en un vehículo de crecimiento espiritual. En cada gesto desinteresado, en cada palabra de consuelo, y en cada acto de compasión, nos acercamos más a la esencia de Dios que reside en nuestro interior. Es a través del servicio que experimentamos la dicha de participar activamente en la materialización del Plan Divino, siendo colaboradores conscientes en la evolución de la consciencia colectiva.

El Plan Divino, trazado por la sabiduría infinita del Creador, nos invita a ser co-creadores de un mundo impregnado de amor y comprensión. Nuestra participación en este

planeta, como seres vivos conscientes, se manifiesta a través del servicio anegado, como un tributo de gratitud a Dios por la vida que nos ha sido otorgada. En este divino ballet de servicio, cada alma se convierte en una nota melodiosa que contribuye a la sinfonía de la creación.

Al elevar el servicio al prójimo a la categoría de acto sagrado, comprendemos que estamos cumpliendo con la voluntad divina de ser amor en acción. En este proceso, nuestras almas se purifican, nuestra consciencia se expande, y nos acercamos a la realización última: la fusión con la Presencia Natural del Ser, que es Dios mismo. En el

servicio desinteresado, encontramos la verdadera esencia de nuestra existencia: ser canales de amor en el Plan Divino del Creador.

Amor y Ego.

Y Dios quiso que en el vasto escenario de la experiencia humana, el ego se erigiera como un personaje intrínseco, un acompañante que coexiste con el amor en el tejido mismo de nuestro ser. Sin embargo, en esta danza cósmica, el ego se presenta como un desafío, un enemigo insidioso del amor incondicional que emana del Creador.

El ego, esa voz interna que busca

afirmación y reconocimiento, a menudo se disfraza de protector, creyendo que su existencia es crucial para la supervivencia. Pero, en su afán de autoafirmación, el ego se convierte en el arquitecto de estrategias que buscan desarticular la esencia misma del amor incondicional. Es en este juego cósmico donde se revela su carácter dual, un aliado y un adversario en la búsqueda de la conexión con Dios.

El amor incondicional, emanado del divino

Creador, es la antítesis del ego. Mientras que el ego busca la validación externa y se aferra a las ilusiones de separación, el amor desentraña estas artimañas. Es la fuerza que disuelve las barreras del ego, elevando la vibración y la energía del ser humano hacia una esfera más elevada de consciencia.

En el abrazo amoroso, las sombras del ego se disipan, revelando la verdad innata de la unidad con el Creador. Cuando el amor incondicional fluye libremente, desmantela las argucias del ego, desvelando su naturaleza efímera. Las estrategias de separación y miedo, las artimañas de los seres inferiores, se desvanecen ante la luz radiante del amor

divino. Es en este acto de rendición al amor que la consciencia se eleva, acercándose a la vibración del Creador.

“Si te sientes perturbado/a cada vez que te dicen la verdad sobre ti, debes tener claro que todavía tienes un ego preocupado por cómo te ven los demás”.

El amor incondicional, emanado del divino Creador, es la antítesis del ego. Mientras que el ego busca la validación externa y se aferra a las ilusiones de separación, el amor desentraña estas artimañas. Es la fuerza que disuelve las barreras del ego, elevando la vibración y la energía del ser humano hacia

una esfera más elevada de consciencia.

En la naturaleza misma de los seres humanos yace una dualidad ancestral: el ego, portador de sombras y estratagemas, y el amor, la luz que ilumina incluso las partes más oscuras del ser. Es en este campo de batalla interno donde se manifiestan seres inferiores o demonios, representaciones simbólicas de las tendencias egoístas que buscan separarnos de la conexión divina.

El amor, como fuerza suprema, vence a estos seres inferiores. Es la llave que desbloquea las puertas de la conciencia,

permitiendo que la Presencia Natural del Ser, que refleja la divinidad de Dios, se manifieste plenamente. En el abrazo amoroso, las sombras del ego se disipan, revelando la verdad innata de la unidad con el Creador.

Cuando el amor incondicional fluye libremente, desmantela las argucias del ego, desvelando su naturaleza efímera. Las estrategias de separación y miedo, las artimañas de los seres inferiores, se desvanecen ante la luz radiante del amor divino. Es en este acto de rendición al amor que la consciencia se eleva, acercándose a la vibración del Creador.

Dios quiere que el ser humano sea llamado a reconocer y trascender las artimañas del ego, permitiendo que el amor incondicional sea el guía en el viaje de regreso a la conexión con la Fuente Divina. En esta danza cósmica, el amor es la melodía divina que disuelve las disonancias del ego, permitiendo que la Presencia Natural del Ser, reflejo del Creador, ilumine cada rincón del corazón humano.

"La Rendición del Ego ante la magnanimidad divina es el sendero luminoso que nos conduce a una vida amorosa, donde cada latido del corazón se convierte en una ofrenda al divino plan trazado por Dios."

2. LA RENDICIÓN EN EL AMOR

Un encuentro divino de Amor eterno.

En este sagrado momento, las palabras de un hermano, grabadas en los Registros de la Conciencia Universal, revelan la magnitud de nuestra existencia.. _***"El gozo del Ser es la alegría de ser consciente"***_.

La Conciencia, eterna y no manifestada, se convierte en el hilo conductor que da vida a la forma en el universo. Aunque lo no manifestado y lo manifestado coexisten, la Conciencia se encarna en la forma humana, entrando en un estado como de sueño

temporal, adentrando y perdiéndose momentáneamente en la materia.

Es en este estado, donde el Amor divino se entrelaza con la Consciencia del ser, manifestándose como el hálito que despierta el alma del durmiente, recordándole su esencia eterna. Es aquí, donde la semilla del Amor y la Consciencia se entrelazan con júbilo y alegría en la danza divina de la Creación.

La Gentileza: Un Acto de Amor inspirado por Dios en nuestras vidas.

El diálogo con la Consciencia Divina se

tiñe de gentileza, una dulzura y amabilidad que emanan de la Presencia misma de Dios. La gentileza exige la conciencia de la pertenencia a la comunidad humana, un reconocimiento mutuo y una atención benévola. Es un acto de amor desinteresado, impregnado de gratitud y generosidad, manifestando así la pertenencia a una comunidad divinamente tejida.

La gentileza es la expresión de actos benevolentes, ya sea en sonrisas, palabras poéticas, miradas llenas de amor o caricias impregnadas de sensualidad, e incluso en el silencio que emana naturalmente. Todo gesto gentil emana del corazón, abriendo la puerta a la experiencia divina. Así como el Sol ilumina a

todos por igual, la gentileza refleja la amorosa caricia de la vida divina que nos envuelve en el abrazo de Dios a toda su Creación.

Es nuestro respeto por Dios vivir en gentileza con todo que nos rodea y así permitir que se revele en nuestras vidas como el origen y causa de la felicidad y el bienestar, sosteniendo la armonía en la relación entre el ser humano y su entorno. En el acto de gentileza, se manifiesta la presencia divina, irradiando amor y generosidad. Es el recordatorio constante de que, a través de la gentileza, participamos en el diálogo sagrado con Dios, cumpliendo nuestro destino de expresar lo divino en la forma manifestada.

Que la gentileza guíe nuestros pasos, revelando la Verdad que mora en cada acto de amor hacia la creación divina, construyendo así una senda de felicidad iluminada por la presencia de Dios. Que nuestra vida sea una danza de amor y gentileza, reflejando la eternidad de la Conciencia divina que nos anima.

El Amor como Antídoto: Custodios Conscientes de la Belleza Divina y Fuente de Felicidad.

Dios nos encomienda esta misión en nuestras vidas, al darnos el poder del Amor divino. Este Amor se manifiesta como el

antiveneno divino contra la explotación y abuso que a menudo aquejan a la vida y la naturaleza. Es el llamado a vivir en armonía con la Creación, reconociendo la unicidad de todo lo manifestado.

Este sublime poder no solo actúa como un escudo protector contra la insensibilidad humana, sino que también se convierte en la fuerza transformadora que guía al ser humano de un estado de explotación hacia el papel consciente de custodio. En esta transición, el Amor emerge como la llama que enciende la conciencia, permitiendo que aquellos que lo abrazan se conviertan en defensores apasionados de la belleza y el equilibrio

divinos presentes en todas las formas de vida.

Cada criatura, cada elemento de la naturaleza, resplandece como una expresión única del Creador Supremo y el Amor se convierte en nuestra guía hacia la comprensión y aprecio por la diversidad de la creación divina, llamando a la humanidad a ser guardianes conscientes de la maravilla y perfección que yace en cada rincón del universo.

La llama del Amor arde incesantemente, iluminando el camino hacia una vida de propósito, consciente de la conexión intrínseca con la Creación y, en última instancia, con el

Divino Creador."

3. LA UNIÓN DESDE EL AMOR ETERNO Y LA UNIDAD DIVINA

***Honrar la Vida*.**

En la danza eterna de la creación, permitamos que las energías sagradas, separadas en cada miembro de la pareja, encuentren la vibración que resuene en la armonía divina, transformándose así en una canción única y celestial.

En la danza divina de la existencia, se

manifiesta una dualidad intrínseca, una energía que trasciende lo físico, una atracción sagrada que se expresa como femenino y masculino. En la exploración de esta dualidad, reconocemos la presencia del Creador, quien tejó los hilos de la creación con amor eterno.

En el cuerpo sutil, templo de la esencia divina, se despliegan siete puntos de energía que, entrelazados, conducen al éxtasis físico y la unión espiritual. Es a través del ritual sexual ceremonial que esta conexión espiritual se eleva, invocando a la serpiente sagrada, depositaria de la energía creativa capaz de engendrar una experiencia de unidad con la esencia divina humana.

El Ritual de la Unión: Un Acto Sagrado.

La unión sagrada entre el hombre y la mujer, lejos de ser un estado inmutable, es un pacto divinamente bendecido para el beneficio mutuo. Este acuerdo, carente de reglas terrenales, surge del deseo común de alcanzar la Unidad, guiado por la luz de la Divinidad que ilumina cada pensamiento, sueño, miedo, esperanza y fantasía compartidos entre ambos.

El trabajo conjunto en pro de la Comunidad, ya sea en labores diarias o en

proyectos creativos, se convierte en una ofrenda devota al servicio de Dios. A través de esta colaboración, se teje la armonía que propicia el amor benevolente y enciende la llama eterna, una chispa divina que resplandece en la oscuridad de la existencia.

Este ritual, impregnado de la luz divina, es la manifestación terrenal del arte del amor, transmitido de generación en generación como un legado sagrado. En su ejecución ceremonial, la pareja busca la unión sagrada, donde la dualidad de lo femenino y masculino se desvanece en un equilibrio perfecto, eclipsando la dualidad y alcanzando un estado espiritual de felicidad y éxtasis.

Controlar la respiración, técnica de armonía interpersonal, permite que la pareja, al unir sus alientos, inicie el ajuste amónico, dando inicio a una sinfonía divina de amor. En este acto, el aire compartido se convierte en el aliento del Creador, uniendo a dos seres en una danza mística de comunión.

El Principio de los Opuestos: Una Danza de Equilibrio Divino.

En los momentos de debilidad, el ofrecimiento de fuerza por parte de uno al otro se convierte en una danza de apoyo mutuo, una coreografía divinamente orquestada. En

esta simbiosis sagrada, la pareja, guiada por la luz de Dios, se erige como compañera y amiga. Juntos, se apoyan en los vaivenes de la vida, comprendiendo que herir al compañero es herirse a sí mismo.

En las relaciones de pareja, el entendimiento del principio de actividad y atracción de los opuestos es esencial. Más allá de las designaciones corporales, lo masculino representa la extroversión y la positividad, mientras que lo femenino encarna la introversión, la intuición y la receptividad. En el acto sexual, la búsqueda de equilibrio entre estos opuestos no solo se limita a la identidad

de género, sino que se extiende a las energías sutiles que ambos portan.

La unidad se logra en la entrega mutua, donde la dualidad se disuelve en el espacio de comunión divina. En esta fusión, la pareja experimenta una disolución de uno en el otro, una creación de espacio donde la Unidad se manifiesta como el propósito más elevado.

La Meditación de la Actividad: Un Sendero Hacia la Unidad Divina.

La Comunidad, como maestra y guía espiritual, ofrece el conocimiento sagrado del despertar de las energías sexuales en sus jóvenes. Este despertar, auspiciado por la Divinidad, es un aprendizaje trascendental que revela los secretos de la fuerza individual de la mujer y el hombre. A través de este conocimiento, la pareja suma sus energías en la práctica sexual, creando así un acto de comunión divina, donde la luz de Dios ilumina cada encuentro amoroso.

La meditación durante el acto sexual se convierte en una herramienta fundamental para alcanzar la Unidad y despertar la esencia divina humana. No es solo la búsqueda del

placer físico, sino la ralentización del gozo para transformarlo en éxtasis. La armonización de la respiración y la comunicación consciente facilitan este proceso, permitiendo que las energías separadas se encuentren en una vibración única, una canción celestial de la pareja.

La pareja, en su unión, es un acuerdo para un fin de beneficio mutuo, un juego sin reglas donde el deseo común es alcanzar la Unidad. Compartir pensamientos, sueños, miedos, esperanzas, y colaborar en proyectos a favor de la Comunidad, crea el ambiente propicio para el amor cariñoso y enciende la llama eterna.

Y el Creador quiso que en el sagrado vínculo de la pareja, el amor compartido resplandece como un reflejo divino de la grandeza de Dios en nuestras vidas, manifestándose como la máxima expresión del Amor que, con benevolencia, abraza y guía a la humanidad en su forma espiritual. Este lazo de amor entre almas encarna la sublime danza celestial, donde cada paso, cada caricia, revela el divino plan trazado por el Creador para recordarnos la magnificencia de Su amor incondicional.

LIBRO 4 DE LA LEY NATURAL

"He establecido leyes en el universo que os permiten crear lo que queráis. Dichas leyes no pueden ser violadas, ni pueden ser ignoradas. Utilizad el gran mandato que hace surgir el poder creador: Yo Soy. Nada Me tenéis que pedir porque todo Os ha sido dado. Cuando el cuerpo, la mente y el alma crean juntas, en unidad y armonía, Dios se hace carne".

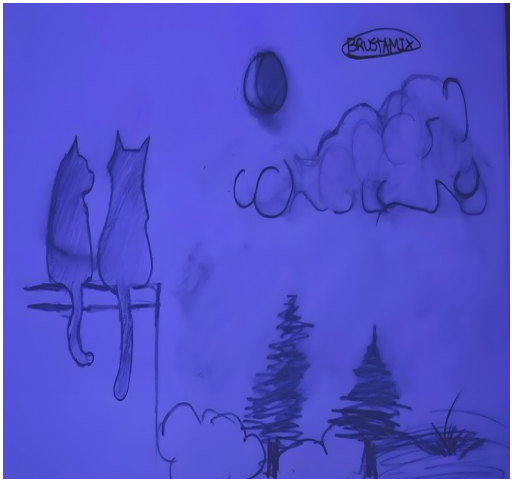
Nos habla el Creador, en su infinita sabiduría, de la existencia de leyes universales, leyes que transcienden el acto humano de creación. El ser humano no puede dejar de cumplir estas leyes.

La Ley Natural se erige como el lazo sagrado que conecta la creación con Dios. En su esencia, es la expresión divina que gobierna la existencia, guiando a la humanidad hacia la plenitud de la comunión con lo divino. Reconocer y abrazar la Ley Natural es responder al llamado trascendental de vivir en armonía con la voluntad eterna de Dios, permitiendo que la creación refleje, de manera gloriosa, la majestuosidad de su Creador.

“La primera ley es que podéis ser, hacer o tener cualquier cosa que imaginéis; la segunda ley es que atraéis sobre vosotros todo aquello que teméis; la tercera ley es que el amor es

todo lo que hay; la cuarta ley se puede definir como no iniciar ninguna acción que pueda causar daño o perjuicio a otro Ser sin su consentimiento, so pena de perjudicar la rápida evolución".

La organización del pueblo humano se basa en la Ley Natural. Esta se puede aplicar en las relaciones entre mujeres y hombres, entre



generaciones, entre pueblos de una misma

tierra, o de diferentes lugares; también cuando intercambiamos bienes o ideas. La Ley Natural emana de la esencia divina que nos ha creado y de la que indisolublemente formamos parte.

I LA LEY NATURAL DEL AMOR

II LA LEY NATURAL DEL COMPARTIR

III LA LEY NATURAL DEL INTERCAMBIO

IV LA LEY NATURAL DE LA EQUIDAD

"Y Dios Todopoderoso en su magnánima sabiduría comenzó a crear todas las cosas bajo la única y verdadera ley, La Ley Natural".

1. LA LEY NATURAL EN LA CREACIÓN DIVINA

En el principio, cuando el Creador Supremo pronunció las palabras que dieron origen al universo, estableció una Ley única, la Ley de la Naturaleza, la Ley de la Tierra. Esta Ley, compuesta por Principios Elementales inmutables y omnipresentes, se inscribió en cada rincón del mundo, en los elementos naturales, en los principios de la física y en los procesos fenomenológicos operativos, siempre en consonancia con la voluntad divina.

A medida que la Tierra se poblaba con las

creaciones del Creador, surgió la necesidad de una comprensión compartida de esta Ley en la consciencia de los habitantes, para lograr una convivencia en armonía. Fue entonces que se realizaron acuerdos por consenso, y naturalmente, la Ley se manifestó como la Ley de la Tierra, la Ley Universal, la Ley de Dios. Esta conexión intrínseca entre la Ley y la creación divina se reflejaba en el sonido de la palabra que pronunciaba la voluntad del Creador.

Con el tiempo, a medida que las sociedades se refinaban, la intervención humana desvió la atención de la Ley Natural hacia la creación de reglas humanas,

denominadas "leyes". Este desvío despojó al individuo de su centro, tanto interno como externo, y el hombre, en su fragilidad, se sometió a unas pocas "autoridades" encargadas de vigilar y castigar según normativas impuestas, alejándose así de la conexión interna con lo simple y natural.

Este proceso de desviación condujo a que la Ley se pervirtiera, se acomplejara, se ramificara y se difuminara, perdiendo su esencia original. En el presente, en la estructura jerárquica de Ley, la Ley Natural, en el lenguaje de la Jerarquía Divina, está en lo más alto. Toda normativa reguladora se desprende de esta única Ley, a la cual deben

responder. La Ley Natural es la única Ley vigente, decretada como Ordenanza Universal por el Creador.

Este acuerdo por consenso entre los hijos de Dios para una convivencia armónica se expresa en un enunciado que abarca todo: NO CAUSAR DAÑO. A nada ni a nadie. La consciencia individual se convierte en crucial para comprender el significado de "Respetar la Ley".

Esta única Ley, en cuanto al acuerdo por consenso entre hombres, para una convivencia armónica, se expresa en un enunciado que lo abarca todo: **NO CAUSAR DAÑO, A NADA NI A NADIE**.

Por esto es crucial la consciencia individual para comprender qué significa "Respetar la Ley".

primum non nocere

Primero, no causar daño. Esto es Ley Natural. La Naturaleza de la Consciencia. Este es el único acuerdo preciso de respetar para convivir en armonía. Seas médico, policía o fontanero, vasco, islámico o shaolín, albañil, peluquero o agricultor.

Percibiendo la Ley Natural en nuestras vidas.

Dios nos puso la Ley como guía y orden en nuestro camino de vida divinamente trazado. Este funcionamiento de la Ley puede descubrirse y entenderse a través de sus efectos observables en la naturaleza de la realidad, llevándonos a un proceso de aprendizaje de la Ética y la Moral en alineación con la salud mental. Esto refuerza la consciencia y amplía la habilidad de respuesta, perfeccionando la precisión al percibir la realidad.

La comprensión de la Ley es crucial para aquellos que buscan vivir en el máximo estado de libertad en un entorno donde reinan la paz y

la alegría. La verdad interna de cada ser, formada en acuerdo con la Ley Natural, rige las elecciones de comportamiento en Libre Albedrío y se refleja en las consecuencias de los actos, en concordancia con el comportamiento elegido. La moral, intrínseca a la existencia, no cambia en función de sentimientos, creencias, ubicación, tiempo o preferencias, sino que está arraigada en la conexión con la Ley Divina.

En este sagrado entramado, la relación entre el mandato de Dios y la Ley Natural se revela como un lazo indisoluble. La Ley Natural es la expresión divina que guía la creación, y su respeto es la respuesta devota

al llamado del Creador. El mandato de Dios se manifiesta en la esencia misma de la Ley Natural, como un camino trazado por la divinidad para que Sus creaciones vivan en armonía y respeto mutuo. El hombre, al reconocer y seguir la Ley Natural, se alinea con el plan divino y responde al llamado de Dios para vivir en conformidad con Su voluntad. La Ley Natural es, así, un testimonio sagrado de la conexión intrínseca entre el Creador y Sus creaciones. En el siguiente capítulo, exploraremos con más profundidad los Principios Esenciales de la Ley Natural, desentrañando aún más los misterios divinos inscritos en la creación.

La Revelación de los Principios Divinos en la Ley Natural.

En la trama sagrada de la creación, la Ley se despliega como un manuscrito divino, compuesto por Principios Esenciales que residen en lo más profundo de la Naturaleza. Estos Principios, fundamentales y primordiales, son la esencia misma de la creación, lo principal a re-unir y re-integrar en la danza eterna del cosmos.

Por naturaleza, esta información divina yace en el interior de cada ser, una chispa ancestral que clama por ser redescubierta. Sin embargo, en la travesía del tiempo, estas

verdades fundamentales han quedado veladas por capas artificiales, frutos de decisiones fatídicas que distorsionaron la armonía original. Este desvío desproporcionado ha dado lugar a un mundo alienado, donde la realidad ha sido deformada, y los hijos de la creación se han acomodado a una existencia limitada, atrapados en la comodidad de la ignorancia y el pánico.

Reconectar con la esencia divina implica desandar el camino torcido que hemos recorrido, liberándonos del virus del Delegar y asumiendo la responsabilidad de auto-gobernarnos. Al hacerlo, se nos brinda la opción de vivir en una realidad no-ficcionada,

donde los Principios Elementales se erigen naturalmente sobre la trivialidad y la frivolidad. Estos principios se convierten en sólidos pilares que respaldan y asisten en nuestros procesos evolutivos, guiándonos hacia el desarrollo de una consciencia magistral y, en última instancia, hacia una vida liberada del sufrimiento.

Este conjunto de Principios, que conforma la Ley Natural, es una llave maestra divina, reveladora de la sabiduría universal. A través de estos Principios, la Ley Natural se presenta como un tesoro herméticamente sellado, cuyas enseñanzas son vinculantes e inmutables. Son fuerzas en operación,

emanadas de la voluntad divina, que no pueden ser cambiadas, apartadas ni rechazadas.

La Ley no admite Ignorancia

La Ley Natural no admite ignorancia, pues la esencia fractal de estos Principios se encuentra en el Oráculo Interno de cada ser. Estos Principios sagrados se reflejan en la Sabiduría de las Tradiciones Ancestrales, en la Bio-Energética, la Medicina China, Ayurveda, la Holística de la Medicina Integrativa, junto al Psicoanálisis. Ahora, en esta época de

sincronía, convergen con la avanzada Neurobiología, la Epigenética Moderna y las corrientes más elevadas de la Física Cuántica. Todos estos caminos convergen en un mismo lenguaje: el lenguaje de los Principios Esenciales Naturales de la Existencia y de la Ley Natural.

La vida misma se manifiesta como frecuencias divinas, donde todo es energía en una danza cósmica. Somos todos Uno, y Uno está en todo; una interconexión divina que se expresa a través de vibraciones, un sonido que resuena en la creación. El Campo Divino transforma la materia, y la Mente Divina modula la partícula. Cada manifestación en la

existencia es una melodía sagrada, un reflejo de los Principios Divinos que gobiernan la realidad.

Así, en este primer capítulo, hemos comenzado a desentrañar los misterios de la Ley Natural, explorando la conexión profunda entre los Principios Esenciales y la energía que da forma a nuestra realidad. En los capítulos venideros, ahondaremos aún más en estos principios sagrados, buscando comprender la voluntad divina inscrita en la trama misma de la creación.

Principio de Mentalismo

Y Dios nos dice que todo es mente, que cada pensamiento es un acto sagrado que precede a la manifestación de la realidad. Es un eco de la sublime verdad de que toda la Creación es una danza eterna de la mente divina, donde cada pensamiento es una partitura que da vida a la sinfonía del universo.

Todo es mente, todo es mental y toda la Creación es una manifestación de la mente Divina.

Esto nos enseña que todo lo que se manifiesta está precedido por un estado mental. Para que algo exista, el pensamiento tiene que existir primero y recién después se

empieza a manifestar en el mundo material.

Sabemos que, si la Creación habita en cada uno de nosotros, entonces el Universo en su totalidad es una construcción mental, tejida con hilos de pensamientos divinos y los pensamientos conducen a la manifestación de las cosas y los eventos. Los pensamientos crean la existencia y la calidad de nuestra experiencia aquí en la tierra.

Es este principio el que nos lleva a entender la importancia de la Plena e Ilimitada Responsabilidad Individual en nuestras vidas, pues cada ser es investido con el poder de crear y manifestar a través de sus

pensamientos. En este sagrado designio, todos somos Creadores, y, por ende, asumimos la plena responsabilidad de lo que creamos. Somos responsables de cada sentimiento, cada imagen visualizada, cada palabra pronunciada, cada pensamiento concebido, todos contribuyen a la construcción de la realidad desde los estratos más sutiles de la consciencia.

La relevancia de este principio teológico se manifiesta en la comprensión de que somos arquitectos divinos de nuestra experiencia terrenal. Los pensamientos son las herramientas que esculpen la realidad, y la calidad de nuestra existencia se forja en el

crisol de la mente divina. En cada acto de pensar, participamos en la gran obra de la creación, siendo co-creadores de nuestro destino y partícipes activos en la danza cósmica de la manifestación divina.

Principio de Correspondencia.

Y Dios nos lo revela como una sagrada clave, donde lo celestial y lo terrenal entrelazan sus hilos en una danza eterna de reflejos divinos. Este principio nos proclama que aquello que está arriba es semejante a aquello que está abajo, y lo que está abajo es

semejante a lo que está arriba, como el reflejo fiel de un espejo. Es un eco que resuena en la armonía cósmica, proclamando que, así como es afuera, es adentro, donde lo celestial y lo terrenal danzan en perfecta armonía.

En este principio, Dios nos desvela el misterio de los Principios Elementales que operan en el macrocosmos del universo, la totalidad de todo. Estos mismos Principios divinos nos integran en el microcosmos de nuestro ser, recordándonos que somos Uno con la Creación. Somos pequeñas partes que conforman el todo, unidades individuales que reflejan la grandeza del divino diseño cósmico.

En la revelación de Dios, entendemos que el universo completo es holográfico, y este sagrado conocimiento nos dice que el universo entero reside dentro de cada uno de nosotros. Así como es arriba y afuera, es abajo y adentro. Dios nos invita a contemplar la idea de que nuestra evolución en consciencia. Nuestro microcosmos, está intrínsecamente ligada a nuestro conocimiento y estudio de la Ley, que gobierna el macrocosmos. Este entendimiento que el Creador nos ofrece, nos sumerge en la profunda verdad de que, como es arriba y afuera, es abajo y adentro. El reflejo divino de la creación se manifiesta en cada partícula de nuestro ser, en cada pensamiento que tejemos en el telar de la realidad.

Desde la Fuente Divina todo lo creado, el Universo en sí, se revela como holográfico, donde el Todo se encuentra en las partes individuales. La realidad, en su esencia teológica, es fractal por naturaleza, donde el mismo patrón divino se repite en todas las escalas de su existencia. La unidad que el Creador proclama es que todo está en Uno, y Uno está en todo, como un testimonio divino de la interconexión sagrada que teje la trama misma de la creación.

Principio de Vibración

Y Dios nos dió el Principio de Vibración

como un cántico etéreo, recordándonos que todo en la creación es un movimiento incesante, una danza perpetua dirigida por la mano divina del Creador. Este principio, impregnado con la esencia de Dios, revela que no existe la muerte en nuestra experiencia de eterna existencia, pues el universo entero se encuentra inmerso en la divina sinfonía de la vibración perpetua.

La comprensión humana y divina de este principio nos lleva a reconocer que somos energía creadora, manifestación viva de la chispa divina que nos anima. Dios, como el Creador supremo, infunde vida a la creación a través de la vibración, tejida en cada fibra del

cosmos. En este tejido divino, reconocemos que la energía siempre está en movimiento, y el Universo, en su totalidad, se manifiesta como pura energía vibratoria expresándose en múltiples formas y dimensiones.

En en la vibración de todo lo creado visible e invisible, donde vislumbramos el propósito del Universo como una construcción psico-espiritual destinada a adquirir experiencia, a aprender y a crecer en consciencia. Así Dios nos revela que somos esencia eterna, inmersos en la experiencia terrenal a través de nuestros cuerpos físicos, vehículos divinamente creados para explorar la realidad tangible. Al mismo tiempo, el

Universo completo, como un ente psico-espiritual, experimenta en aparente solidez, pues todo es una sinfonía orquestada por diferentes niveles de vibración.

En la conexión total entre el Creador y la Ley Natural, comprendemos que la vibración es la manifestación misma de la voluntad divina. Dios, en su infinita sabiduría, ha impreso en la Creación la capacidad de vibrar, de experimentar estados fluctuantes que danzan al compás de la energía divina. Es en este Principio de Vibración que la Ley Natural se manifiesta como la partitura divina que guía la danza de la materia y la energía en el escenario cósmico.

Relacionamos este principio con el poder de Dios en los estados de la materia presentes en la realidad visible. La vibración, como la mano invisible de Dios, se revela en la solidez aparente de la materia, en la fluidez del líquido, en la etérea danza de los gases. La divina partitura de la vibración se expresa en cada átomo, en cada molécula que compone la creación visible. Los conocimientos más avanzados de la humanidad, nos deben llevar a comprender la realidad y reconocer que todo, desde lo tangible hasta lo imperceptible, está inmerso en la danza vibrante del Creador.

Principio de Polaridad.

Y Dios nos lo expresa en su plan maestro de Dios ya que cada elemento de la realidad, tanto visible como invisible, lleva consigo la huella de la polaridad, una dualidad que refleja la magnificencia del Creador.

En este principio, reconocemos que todo en la creación tiene una naturaleza dual, una danza eterna entre opuestos que, paradójicamente, encuentran su unidad en la Creación misma. En la mente del Creador, los polos enfrentados son idénticos en su esencia divina, aunque difieran en grado y manifestación. Así como el calor y el frío son aspectos de la misma energía calorífica, la luz

y la oscuridad revelan la dualidad de la ausencia o abundancia de luz, un juego divino de opuestos que enriquece la experiencia de la Creación en todos sus aspectos y espectros más recónditos y sutiles.

Este principio nos invita a contemplar la dualidad presente en la naturaleza visible e invisible de la realidad. Más allá de lo que nuestros sentidos pueden percibir, existe una danza celestial de opuestos que conforma la esencia misma de la creación divina. Desde lo tangible hasta lo imperceptible, la polaridad es la firma del Creador, una expresión de su sabiduría infinita.

La dualidad en la naturaleza de la realidad del ser humano también encuentra su origen en este principio teológico. El conocimiento y la ignorancia, en apariencia contradictorios, se revelan como aspectos inseparables de una verdad más elevada. En la mente divina, la verdad siempre está presente, pero dependiendo del grado de consciencia, la aceptamos e integramos en nuestras vidas. El ser humano, como creación divina, se encuentra inmerso en la dualidad que le permite explorar y comprender la plenitud de la existencia.

Así llegamos a la necesidad de encontrar y vivir en maestría como arquetipos divinos,

llegando a polarizar nuestra existencia en la danza sagrada de la dualidad. Es en el entendimiento de la integración y la reconciliación de opuestos, cuando nos acercamos a la comprensión de la verdad única y universal donde los polos opuestos se abrazan en la vastedad del Plan Divino.

Principio del Ritmo.

Y Dios nos lo entregó como la melodía que conecta todos los elementos de esta realidad en un ritmo impuesto desde la Fuente Divina y que se manifiesta en todo lo creado

como la armonía del Creador y el Sagrado Ritmo de la Creación.

Desde los confines del universo hasta lo más profundo de nuestro ser, todo fluye en armonía con el ritmo establecido por la mano del Creador. La omnipresencia de Dios se manifiesta en el pulso constante de la creación, donde cada movimiento y cada instante obedecen a una danza celestial dirigida por el divino Director de la existencia.

El principio del ritmo se presenta como una verdad innegable en la realidad que percibimos. Se refleja perfectamente en el movimiento cadencioso de un péndulo, donde

la medida de desplazamiento a la derecha es equilibrada por el movimiento a la izquierda. Este ritmo compensatorio, intrínseco a la Ley Natural, nos recuerda que todo en esta creación sigue un patrón divino de balance y armonía.

En toda la materia y la energía de la Creación, el principio del ritmo gobierna la naturaleza misma de la realidad. Las tendencias energéticas se expresan en cada átomo, en cada partícula, siguiendo el compás divino establecido por el Creador. En este ballet cósmico, la Ley Natural nos revela que las tendencias que no contribuyen positivamente a nuestra evolución pueden ser

desafiadas y transformadas por la fuerza de la voluntad divinamente otorgada. La Ley Natural nos deja claro que las tendencias que no sean positivas en nuestra evolución como seres vivos, podemos y debemos romperlas con la fuerza de la voluntad que nos ha sido concedida.

La oscilación constante de todo lo creado refleja la voluntad divina de retorno y equilibrio. El principio del ritmo nos enseña que todo lo que va, inevitablemente vuelve. En esta danza eterna, la voluntad divina se manifiesta como la fuerza que dirige el flujo de energía hacia la evolución consciente y la alineación con la Ley, desafiando cualquier

tendencia que amenace con distorsionar nuestra conexión sagrada con la Fuente Divina. No es honorable dejarse arrastrar por tendencias energéticas que se han arraigado a la realidad, con el fin de destruir nuestra conexión divina con Dios.

En la naturaleza de la realidad del ser humano, el ritmo establece la dirección de la energía que fluye a través de nuestras acciones y elecciones. La voluntad divina nos concede el poder de determinar si fluiremos hacia una realidad consciente y alineada con la Ley o nos perderemos en tendencias que podrían destruir nuestra conexión divina. Es deshonor, no desechar rotundamente la

tendencia a vivir en la mentira y el engaño.

El Ritmo establece la tendencia hacia donde fluye la energía, mas está en nuestra voluntad la determinación de fluir hacia una realidad consciente y en alineación con La Ley por esta armonía intrínseca entre la creación divina y la guía del Creador en la danza incesante de la existencia.

Principio de Causa y Efecto.

La voluntad divina de Dios se manifiesta con sublime maestría a través de este

principio que rige la totalidad del cosmos. Cada efecto observado, cada fenómeno celestial, desde la danza de los planetas hasta el nacimiento de una estrella, encuentra su origen en una causa divinamente predeterminada. Este ballet cósmico, orquestado por la mano del Creador, revela la armonía divina que subyace en cada instante de la existencia. Desde la chispa inicial de la creación, Dios estableció las leyes inmutables que gobiernan el Principio de Causa y Efecto.

Es en la sabiduría y magnificencia divina de Dios donde se revela a través de este principio, que la causa precede al efecto, y todo lo que acontece en la Creación es una

respuesta armónica a las causas divinas establecidas desde el inicio de los tiempos. En la totalidad de la Creación, desde los cielos estrellados hasta la más diminuta partícula, cada acontecimiento es guiado por la mano del Creador.

Todo efecto en la naturaleza de la realidad viene condicionado por la causa que lo genera. La causa viene primero y después se manifiestan las condiciones que conducen a un efecto resultante. Cada causa tiene su efecto y cada efecto tiene su causa. Todo lo que ocurre, ocurre supeditado a la Ley Natural y nada escapa a ella sin tener consecuencias. El tejido mismo de la existencia está

entrelazado con este principio, donde cada efecto, cada manifestación en la naturaleza de la realidad, encuentra su origen en una causa divinamente orquestada por el Creador. En el ballet cósmico, cada movimiento y cada instante están sujetos a la ley sagrada que rige la relación inmutable entre causa y efecto.

La conciencia de este principio nos invita a reflexionar sobre nuestras elecciones, a reconocer que somos arquitectos de nuestra realidad, co-creadores con Dios. Nuestras acciones, como causas sembradas en el jardín de la existencia, dan lugar a efectos que retornan a nosotros, recordándonos la interconexión divina de todas las cosas.

En este sagrado proceso de causa y efecto, el libre albedrío se convierte en un regalo divino que demanda sabiduría y discernimiento. La vida se convierte en una danza de elecciones conscientes, donde la responsabilidad y la comprensión de nuestras decisiones nos acercan a la armonía divina que Dios ha dispuesto para sus creaciones.

En la realidad del ser humano, el Principio de Causa y Efecto se manifiesta en las decisiones y acciones que tomamos. La libre voluntad que nos otorga el Creador nos permite elegir nuestras causas, pero debemos ser conscientes de que cada elección lleva consigo la semilla de su correspondiente

efecto. Nuestra capacidad de decisión es un regalo divino que implica una responsabilidad sagrada, ya que nada escapa a las leyes divinamente impuestas por el Universo.

Disponemos de la libre voluntad para tomar decisiones pero nunca podemos romper las leyes impuestas por el Universo a través de la Creación, sin que haya consecuencias. Nada escapa a la Ley Natural porque está implícita eternamente por orden de Dios.

En este sagrado proceso, la manifestación en el mundo físico pertenece al plano de los efectos, pero es desde el plano de las causas, desde nuestras elecciones y

decisiones, que co-creamos la realidad. Las manifestaciones en el mundo físico pertenecen al plano de los efectos y sólo pueden cambiarse desde el plano de las causas. Vivir en honor y verdad consciente significa actuar en armonía con la Ley Natural, de manera que la percepción de la realidad sea fiel a la verdad y lleve a una toma de decisiones conscientes en amor y respeto a todos los seres vivos. Co-creamos una realidad en honor, en concordancia con la Ley, reconociendo que nuestras acciones son causa y efecto en el gran tapiz de la Creación.

La anticipación de los acontecimientos, la observación desde una mesurabilidad

panorámica, es esencial para comprender y respetar las Leyes Divinas. Este conocimiento consciente eleva nuestra moralidad y amplifica la libertad en todos los planos de la existencia, permitiéndonos co-crear una realidad en honor y concordancia con la voluntad divina de Dios, además de ser un recordatorio constante de que nuestras elecciones reverberan en el tejido mismo de la Creación, marcando la senda de nuestro viaje en la existencia divinamente ordenada.

Principio de Género.

En los misterios de la Creación, se manifiesta el Principio de Género como una expresión sagrada de la voluntad de Dios, el Creador de todo lo visible e invisible, entregando el Divino Equilibrio a través de este Principio.

Y Dios quiso que la palabra, grabada en los cielos y en las esencias más profundas de la creación, revelara que el género es inherente a toda existencia. Creador de lo masculino y femenino, Dios estableció este principio como un reflejo de Su divina naturaleza, un testimonio de la perfecta armonía que emana de Su ser. En cada rincón del Universo, desde las galaxias hasta los confines más íntimos de

nuestras almas, el Principio de Género danza como una manifestación de la sabiduría divina.

La conexión entre lo masculino y femenino no se limita a las formas físicas, sino que se extiende a los planos más sutiles de la existencia. En lo mental, la mente masculina y femenina fusionan sus dones para crear un equilibrio que despierta la comprensión y la sabiduría. En lo espiritual, las energías divinas masculinas y femeninas nutren el alma, guiándola en su ascenso hacia la comunión con el divino. En lo álmico, el Principio de Género se manifiesta como una fuerza unificadora que impulsa el desarrollo

holístico de la conciencia.

Somos recipientes sagrados de energía masculina y femenina, una dualidad divina otorgada por el Creador para completarnos en todos los aspectos de nuestra existencia. El Principio de Género no solo es una expresión de dualidad, sino también una invitación divina a integrar y equilibrar ambas energías en nuestra vida terrenal.

La conexión entre lo masculino y femenino no es simplemente biológica, sino que refleja la esencia misma de la creación divina. La energía masculina aporta la fuerza, la protección y la razón, mientras que la

energía femenina trae consigo la compasión, la creatividad y la intuición. Es en el abrazo armonioso de estas energías divinas que encontramos la plenitud y la capacidad de co-crear con Dios en esta realidad. Es en la dualidad divina de lo masculino y femenino, donde reconocemos la inherente complementariedad que se manifiesta en todos los aspectos de la creación. Es en este Divino Equilibrio en el que hallamos la perfección en la diversidad, la unidad en la dualidad y la armonía en la coexistencia de todas las cosas en Dios.

2. EL LIBRE ALBEDRÍO

En los albores de la Creación, el concepto del Libre Albedrío y la Plena e Ilimitada responsabilidad Divina, se revela como un don sagrado, otorgado por Dios, el Creador de todas las cosas visibles e invisibles. El alma humana, imbuida con la facultad de la elección, se convierte en un vehículo para expresar la divinidad en la manifestación de la voluntad.

La Libre Voluntad, que fluye del mismísimo corazón del Creador, es inseparable de la Plena e Ilimitada Responsabilidad que recae sobre cada ser

consciente. En esta dualidad divina, encontramos que el ejercicio del Libre Albedrío no es simplemente un acto de elección sin restricciones, sino una danza armoniosa entre la libertad individual y la responsabilidad divinamente ordenada.

La Ilimitada Responsabilidad, sostenida por los pilares de la consciencia, guía al ser humano hacia un actuar que refleje la verdad objetiva y la alineación con la Ley Divina. Es la capacidad de prever las consecuencias de nuestras acciones, aplicando siempre el arte de la mesura y manteniendo el eje centrado en la búsqueda de no causar daño. En este actuar consciente, la verdad se manifiesta

independientemente de la percepción individual, y el relativismo cede ante la objetividad moral que emana de la esencia divina.

La realidad se convierte así en un tejido de decisiones conscientes que reflejan la voluntad divina, y el Libre Albedrío se manifiesta como la fuerza que permite al ser humano co-crear en armonía con Dios. Este don descomunal, otorgado por el Creador, exige un preciso grado de consciencia para ser empleado correctamente, ya que la plenitud del Libre Albedrío solo se revela en su aplicación sin causar daño.

La Plena e Ilimitada Responsabilidad, esencial para el adecuado ejercicio del Libre Albedrío, se manifiesta como la habilidad de responder ante las complejidades de la existencia. Ser responsable implica tener la habilidad de responder en todas las circunstancias, desde la injusticia hasta la esclavitud, siempre guiado por la divina consciencia interna que se despliega a través de los principios elementales.

Así, la Plena e Ilimitada Responsabilidad no solo implica responder ante las circunstancias externas, sino también re-aprender y re-conectar con la esencia divina en el interior. La educación del criterio natural

desde una edad temprana se erige como un acto sagrado para estimular el desarrollo de una consciencia elevada y respetuosa con la Ley Divina.

Es nuestra plena consciencia en Dios, la que nos dice que El Libre Albedrío está ligado estrechamente a la Plena e Ilimitada Responsabilidad y se convierte en una expresión divina en la tierra. Este precioso don, emanado de la esencia del Creador, exige una consciencia despierta y una voluntad alineada con la Ley Divina, manifestándose como un faro que guía al ser humano hacia una convivencia armónica en cualquier momento por los tiempos de los tiempos de nuestra

eterna existencia en Dios.

Nada hay por encima de la Ley Natural.

En la Verdad Divina y la Elección Consciente emanada del Creador, surge la naturaleza dual del bien y del mal, inherente tanto a la realidad cósmica como a la esencia misma del ser humano.

La Ley Natural y Divina, emanada de la sabiduría del Dios creador, establece un orden eterno que se manifiesta en la libre voluntad del Hombre Vivo. Este ser, dotado de libertad soberana, tiende naturalmente a obrar en consonancia con la ley, incentivando y

respetando los derechos de sus semejantes y velando por la salud del entorno que le rodea. Tratar a los demás con el mismo respeto con el que uno aspira a ser tratado se convierte en una expresión sagrada de la elección consciente en armonía con la divina Ley.

En la búsqueda de la verdad, se revela la plena libertad. El amor, como fuerza vibratoria divina, integra y asiste en la expansión de la consciencia humana desde y hacia el corazón, abriéndose a la aceptación de la Verdad. Este camino hacia la verdad se convierte en un acto sagrado de conexión con la esencia divina que guía las elecciones conscientes del ser humano.

Los conceptos del bien y del mal, lejos de ser construcciones mentales, son verdades eternas que se entrelazan con la naturaleza de la realidad. El mal, en su manifestación, es aquello que contradice la Ley Divina y se opone a lo que anhelamos para nosotros y para los demás. La comprensión consciente de la naturaleza de la realidad como seres divinos y eternos se convierte en la clave de nuestra libertad soberana en armonía con la creación.

La elección consciente de abrazar los Principios Esenciales de la Ley Natural se vuelve imperativa para respetar y proteger la vida de cada ser, reconocer sus derechos

naturales y preservar su libertad. En esta elección, se manifiesta la soberanía heredada, reafirmada y ratificada, así como la soberanía de todos los demás seres sintientes. La observancia de los derechos naturales inalienables y la soberanía de todos crea las condiciones para que la libertad se exprese en todo su esplendor, no solo en este plano existencial, sino en toda la Creación divinamente tejida por Dios nuestro Creador.

El derecho a la Libre Determinación en la Ley Divina.

En el principio de la Creación, Dios, nuestro Creador Supremo, nos dotó de

derechos inalienables, inmutables, universales y esenciales que emanan de la Ley Única que siempre ha sido, es y será, al vivir intrínseca a la naturaleza divina y humana.

Dentro de estos derechos fundamentales, surge con luminosidad el Derecho a la Libre Determinación, un don sagrado que no se origina en las leyes humanas , si no en el tejido mismo de la Creación divina. Este derecho, histórico y pre-existente, es guiado por la divina Ley Natural que rige la existencia.

La libertad de los pueblos en la Tierra se revela como un don sagrado, un mandato otorgado por Dios mismo. La humanidad es

investida con la capacidad de ejercer su libre albedrío, una manifestación directa del plan divino que busca el florecimiento espiritual y la autodeterminación.

Dios, en su infinita sabiduría y amor, ha conferido a cada individuo y colectividad la libertad para forjar su destino, guiados por los principios eternos de la verdad y la justicia. Este regalo divino no solo implica el derecho de tomar decisiones, sino también la responsabilidad de hacerlo con discernimiento y en armonía con las leyes espirituales que rigen el universo.

La libertad de los pueblos, un reflejo de la

divinidad intrínseca, no sólo les permite explorar su potencial y creatividad, sino que también les convoca a vivir en comunión con los valores que emanan de la Presencia Divina. En este camino de libertad, la humanidad se convierte en co-creadora de su destino, colaborando con el plan maestro de Dios para la elevación espiritual y la búsqueda de la verdad.

Así, la libertad de los pueblos en la Tierra se erige como un testimonio del amor de Dios, quien confía a sus hijos la capacidad de construir sociedades basadas en la compasión, la equidad y el respeto mutuo. En el ejercicio responsable de esta libertad, la

humanidad encuentra su propósito más elevado: ***caminar en armonía con la voluntad divina, creando un mundo donde la justicia y el amor fluyan como ríos divinamente inspirados.***

La libertad de los pueblos es un recordatorio constante de la confianza que Dios deposita en la humanidad para ser guardianes conscientes de la Creación. Es una invitación a buscar la verdad, a vivir en justicia y a cultivar la compasión, en reconocimiento de que la libertad verdadera se encuentra en la alineación con la voluntad divina. En este viaje hacia la plenitud espiritual, la libertad se convierte en el sendero que conduce a la unión con Dios, quien, en su generosidad, ha

otorgado a sus hijos el regalo precioso de la libertad.

El corazón de la Libre Determinación late en el derecho a la Auto-identificación, una comprensión consciente de los pueblos respecto a su identidad única e independiente, desprendida de reconocimientos o voluntades humanas. Es un derecho originario, arraigado en la verdad de la existencia de los pueblos y de los individuos, regido por la Ley Natural y Divina, que existe independientemente de la voluntad de cualquier entidad terrenal.

Cada Ser, ya sea parte de una etnia, comunidad, entidad religiosa o pueblo, lleva

consigo el derecho, por divina designación, a ser reconocido y a no estar sujeto a reconocimientos forzados. Este derecho permite a cada Ser actuar bajo la denominación que su consciencia divina determine, en perfecta armonía con la Ley Natural.

En la grandiosidad de la Creación, ningún actor externo tiene la facultad de definir la pertenencia étnica o la denominación de un pueblo o religión. La Divina Ley establece que son los propios seres, pueblos y comunidades quienes, en concordancia con su consciencia divina, determinan su identidad y reconocimiento. La Libre Determinación,

derecho de la Ley Natural, es la senda de vivir en honor, restaurando el orden natural, sin causar daño y actuando como guardianes de la Naturaleza en servicio de la comunidad.

Desde el principio, Dios, nuestro Creador Supremo, confió la responsabilidad a los pueblos y a los individuos, quienes, en el ejercicio del Libre Albedrío y en Plena e Ilimitada Responsabilidad, determinan cómo dar forma a estos derechos divinos. Dios, el origen de toda existencia, nos otorgó el don sagrado de la Libre Determinación como reflejo de su divina voluntad en la Creación.

En este acto de elección consciente, Dios

nos encomendó la responsabilidad de ser guardianes de los derechos inalienables que emanan de su Ley Única. Al Estado, institución terrenal, le asignó el papel de custodio, instándolo a garantizar el cumplimiento de sus obligaciones para que se respete la divina Ley Natural de todas las cosas, la cual, por encima de todo, guía y sostiene la existencia humana y toda la Creación.

3. OTROS DERECHOS INMANENTES

“Existen derechos fundamentados en la naturaleza misma del ser humano que resultan

inalienables. Estos derechos son universales, además de anteriores y superiores a cualquier otro ordenamiento jurídico".

Desde la visión del acto sublime de la creación, nos ha sido transmitido que el ser humano es acreedor y sutil portador de unos derechos que son, en sí mismos, universales, inalienables e imprescriptibles. Tales derechos deben ser respetados en tanto han sido creados y otorgados a la criatura humana directamente por Dios.

Y tales derechos se pueden concretar en los que seguidamente se relacionan: libertad, igualdad, respeto, vida, justicia o equidad,

solidaridad, verdad.

Desde la doctrina de esta Comunidad, la **libertad** se entiende como la facultad natural del ser humano para actuar a voluntad sin restricciones, respetando su propia conciencia y los valores morales, para alcanzar su plena realización.

De igual forma, nos ha sido revelado que, a los ojos de Dios, todos los seres humanos han sido creados **iguales**, sin que pueda existir ningún tipo de marginación.

Derivación consustancial de ello es el **respeto**, que constituye otro de los pilares de

esta doctrina. El respeto implica consideración hacia el Creador, consideración por toda forma de vida, consideración por la naturaleza y por las leyes naturales que mantienen el orden y la armonía.

Y siempre debemos defender la **vida**, que pertenece al Creador. Nadie puede arrebatarla, dañarla o perjudicarla en forma alguna. La muerte es el fin de la vida material y el comienzo de la siguiente existencia.

Esta Comunidad sirve a la **justicia** y entiende lo justo desde el respeto a la verdad y el reconocimiento de lo que corresponde a cada uno. La máxima expresión está

constituida por la justicia divina, que proporciona a cada ser lo que precisa en aras de su evolución espiritual.

De todo ello se deriva el hecho de que el ser humano debe actuar desde la **solidaridad**, colaborando con todo aquel o aquello que precise de su ayuda.

Y siempre actuar desde la **verdad**, desde aquello que conocemos o sabemos.

“Amor, verdad y luz. Recuerda que nada te impongo, eres libre de elegir. Por tanto, asume también las consecuencias. El incumplimiento de las leyes que os he dado te mostrarán el

poder y la justicia que emanan directamente de mí”.

Con las anteriores palabras, Dios nos está iluminando acerca de la relación entre el libre albedrío con el que hemos sido creados, y las consecuencias de nuestros pensamientos, palabras y actos. Se nos habla de poder y de justicia. Ello nos indica que, por una parte, las consecuencias son inevitables, y, por otra, que tales consecuencias son proporcionadas al evento que las suscita. Como no podía ser de otra manera, el Creador nos indica que somos dueños de todas nuestras manifestaciones, en todos los sentidos.

Sin embargo, tales palabras no pueden

ser interpretadas en el sentido de que nuestro Creador utiliza el castigo o la venganza como fuentes de justicia. Antes al contrario, debemos entender Su mensaje como un gesto de amor y de coherencia, pues se refiere a los resultados naturales, lo que resulta de la aplicación natural de las leyes naturales. Por tanto, no existe nada parecido a la casualidad o al destino.

Y mas allá de esto, las consecuencias no existen en el Reino de lo Absoluto, puesto que son un elemento de relatividad propio de nuestra actual existencia, ya que dependen de un tiempo lineal y de acontecimientos que ocurren en secuencia.

Vamos evolucionando desde una especie que persigue el poder exterior hacia otra que aspira a ostentar el autentico poder, que está en el interior de todos y cada uno de los seres que constituimos la Humanidad.

"Alejaos del poder externo, que sólo produce dolor y violencia. El auténtico poder ama la vida en cualquier forma que ésta se exprese, no juzga lo que se le presenta y percibe. Un ser auténticamente poderoso nunca acepta la idea de utilizar la fuerza para conseguir sus fines".

LIBRO QUINTO DE LA PRESENCIA /CONSCIENCIA

"Y el Numen susurro en mi oído: Amor, verdad y luz. Recuerda que nada te impongo, eres libre de elegir. Por tanto, asume también las consecuencias. El incumplimiento de las leyes que os he dado te mostrarán el poder y la justicia que emanan directamente de mí"

Con estas palabras, Dios nos está iluminando acerca de la relación entre el libre albedrío con el que hemos sido creados, y las consecuencias de nuestros pensamientos, palabras y actos. Se nos habla de poder y de

justicia. Ello nos indica que, por una parte, las consecuencias son inevitables, y, por otra, que tales consecuencias son proporcionadas al evento que las suscita. Como no podía ser de otra manera, el Creador nos indica que somos dueños de todas nuestras manifestaciones, en todos los sentidos.

Sin embargo, tales palabras no pueden ser interpretadas en el sentido de que nuestro Creador utiliza el castigo o la venganza como fuentes de justicia. Antes al contrario, debemos entender Su mensaje como un gesto de amor y de coherencia, pues se refiere a los resultados naturales, lo que resulta de la aplicación natural de las leyes naturales. Por

tanto, no existe nada parecido a la casualidad o al destino.

Y mas allá de esto, las consecuencias no existen en el Reino de lo Absoluto, puesto que son un elemento de relatividad propio de nuestra actual existencia, ya que dependen de un tiempo lineal y de acontecimientos que ocurren en secuencia.

La presencia es el bien más preciado de todo ser humano. La presencia es el diálogo permanente entre la esencia divina que somos y el cuerpo que la irradia.

En su magnánima sabiduría, Dios hizo que

el ser humano emergiera como una creación consciente, una manifestación de la voluntad y el amor del Creador. Dotados con el poder de la Consciencia, somos seres conscientes de nuestra propia existencia y de la interconexión con toda la Creación. Esta consciencia, un regalo divino, nos eleva a un estado de Presencia Natural, donde experimentamos la plenitud de nuestro ser en armonía con la creación divinamente tejida por Dios.

En nuestro estado de Presencia Natural, nos sumergimos en la corriente eterna de la energía divina que fluye a través de todo lo creado. Conectamos nuestra consciencia con la esencia misma de la realidad, reconociendo

la presencia divina en cada rincón del universo. En este estado de plena consciencia, comprendemos que somos co-creadores junto con el Creador, participando activamente en el tejido sagrado de la existencia.

La consciencia, como un faro divino dentro de nosotros, nos guía para reconocer la unidad intrínseca entre todos los seres y la divinidad que impregna cada partícula del cosmos. En nuestra Presencia Natural, experimentamos la paz y la serenidad que provienen de la alineación con la voluntad divina. Este estado nos permite ejercer el poder otorgado por Dios de manera sabia y amorosa, manifestando la divinidad en

nuestras acciones y contribuyendo al florecimiento de la creación divina.

Así, la Consciencia en su estado de Presencia Natural se convierte en un puente entre el ser humano y Dios, recordándonos constantemente nuestra conexión sagrada con el Creador. En este entendimiento profundo, encontramos el propósito divino de nuestra existencia: *ser guardianes y co-creadores conscientes en el magnífico tapiz de la creación de Dios.*

1. Dialogar con la naturaleza solar

“Debéis crearos a partir de vuestra propia experiencia. Sin embargo, en demasiadas ocasiones permitís que sea la experiencia de los demás las que creen vuestra realidad. Negáis vuestra propia experiencia en favor de lo que os han dicho que debéis pensar”.

El Sol como la Luz es parte de la identidad divina de cada ser y un símbolo de esta divinidad que nos habita. Nuestro Sol es algo más que una estrella que envía luz y otras esencias. Por ello es importante reconocer este astro en su dimensión más espiritual. El Sol también es una referencia. El Sol no juzga, ama incondicionalmente a todos sus planetas y criaturas y su mirada es siempre desde la

máxima luz. El ser humano debe sentirse solar y preguntar al Sol cuando duda, porqué el Sol más allá de la estrella lejana es una esencia dentro de nuestro ser.

La luz del sol es la fuente de energía más grande que tenemos a nuestra disposición y de ella depende la vida en nuestro planeta, pero solo conseguimos usar una pequeña parte de ella. La otra está en nuestro interior.

La Conciencia Solar es el contacto con aquella parte de nosotros que sabe que es la prosperidad, la creatividad, la realización, el perdón, la simplicidad, el amor y la paz. Esta parte de nosotros que es nuestro Sol interior.

Todas las tradiciones espirituales reconocemos que nuestros cuerpos son luz y estamos hechos de luz. Y en esta luz que somos hay el mensaje y la posibilidad de modificar la materia. A través de la luz solar podemos expresar un nivel más alto de conciencia sobre nuestra esencia divina y acceder a una sanación completa no sólo física sino también mental y emocional y sobretodo alcanzar una visión de la existencia humana mucho más satisfactoria y armónica.

La luz solar es el sustento y la medicina más poderosa que tenemos a nuestra disposición. Esta nos alimenta, calienta y da energía a todo lo que nos rodea. Una escasa

exposición a la luz solar crea una serie infinita de disfunciones que se pueden manifestar en el plano físico, emocional, en la calidad de los pensamientos y, en general, en la manera en la que afrontamos el vivir.

La Luz es el lenguaje del alma, y es posible comprenderlo, traducirlo y utilizarlo para acceder a un nuevo nivel de conciencia. De este mensaje que nos llega con la luz solar depende la realidad que cada ser humano vive y, por tanto, expresar nuestros talentos y de nuestra naturaleza divina.

2. La revelación divina en el silencio de la Naturaleza

Desde la Fuente de la Creación, la esencia eterna y divina se desvela en la sublime experiencia de la magnificencia de Dios, revelándose en la belleza, la compasión y la armonía natural. Nuestra conexión con lo divino se manifiesta no solo en reflexiones intelectuales, sino en la profunda experiencia del silencio sagrado, donde la mente se convierte en un instrumento de percepción divina entrando en estado de plena Presencia Consciente.

Este silencio revelador, liberado del peso del pasado y del conocimiento, nos sumerge en la comunión con la naturaleza divina de

nuestra Consciencia. Ante la majestuosidad de la puesta de sol, la mente se aquieta y se conecta con la dicha y serenidad del momento presente, regalos que Dios nos ofrece. En esta experiencia eterna, la mente se desprende de las cadenas temporales, y la esencia divina se manifiesta claramente en la armonía entre la mente silente y la naturaleza exuberante, creada por la sabiduría de Dios.

En la presencia sublime de la naturaleza, la mente queda envuelta por el silencio, experimentando una inactividad que trasciende el tiempo. En este regalo divino de silencio, la naturaleza revela destellos de la eternidad, recordándonos la divinidad

intrínseca que reside en nosotros, un regalo divino. Esta experiencia trascendental, más que una mera reflexión, es vivida en el momento presente, ya que la esencia divina que se manifiesta en la naturaleza es un tesoro que se deposita en el pozo insondable de nuestra esencia humana divina.

En el silencio sagrado de la naturaleza, encontramos la llave que abre las puertas a lo trascendental y eterno, una llave forjada por la mano divina de Dios. La mente, sumergida en este silencio, se convierte en un receptáculo para la revelación divina, permitiendo que la esencia de Dios se refleje en la Consciencia humana. En este estado de comunión, somos

testigos de la magnificencia de la Creación, una obra maestra de la Fuente Divina, y es entonces cuando nuestra esencia divina resuena en armonía con la sinfonía universal de la existencia, una sinfonía compuesta por el único y verdadero Dios. En el silencio, la Presencia natural de Dios se manifiesta, y la mente humana se convierte en un testigo receptivo de la grandiosidad del Creador.

3. La Vibración de la Existencia Humana

En el gran concierto cósmico, Dios nos brindada la melodía celestial que se despliega como el sendero para conectarnos con lo

absoluto, y el baile nos recuerda el centro y equilibrio interno que Dios ha inscrito en nuestro ser. Así como la naturaleza que nos rodea, nuestra existencia es una vibración constante. La travesía terrenal que emprendemos tiene como propósito resonar en armonía con el universo, afinando nuestra vibración humana en forma de consciencia presente con la divinidad interior que el Creador infundió en cada uno de nosotros.

Cuando permitimos que el miedo, la ira, la tristeza y otras vibraciones bajas guíen nuestra existencia, nos sumimos en un sinsentido que nos aleja de la armonía divina y de nuestro estado de Presencia Consciente.

Sin embargo, cuando elevamos nuestra vibración a través del amor, la alegría, la riqueza, la libertad, la armonía, la paz, la salud o la belleza, nos acercamos a la sinfonía divina que Dios ha compuesto para nosotros. El Creador nos ha dotado de dos instrumentos sagrados, el corazón y la mente, que, cuando se unen en vibración unísona, nos colman de gozo y humanidad, resonando en armonía con la divinidad intrínseca de nuestro ser, llevándonos a vivir en continuo estado de amor con el Creador.

En cada latido de nuestro corazón, palpita la esencia divina, y cada pensamiento que fluye de nuestra mente es una melodía que

Dios comparte con nosotros. La vibración del ser humano es la danza sagrada que Dios ha coreografiado en el gran teatro de la creación. Al sintonizar nuestras vibraciones con las frecuencias celestiales, nos alineamos con la Ley Natural que gobierna todo lo creado por el divino Creador. En este concierto celestial, nuestra vibración se convierte en una manifestación de la voluntad de Dios, resonando en armonía con el propósito divino que guía la creación.

Dios ha inscrito en nuestra esencia la capacidad de vibrar en sintonía con la creación divina. En el fluir de la vida, cada pulsación, cada emoción y cada pensamiento son notas

en la partitura divina que Dios nos ha concedido. La conexión entre la vibración del ser humano y la realidad creada por Dios nos brinda el don de la Plena Consciencia, donde la Presencia Divina se revela en cada instante, guiándonos hacia la comprensión más profunda de nuestro propósito divino.

4. La Vibración en la Naturaleza y en Nosotros

En la danza eterna de la existencia, el latido de nuestro corazón resuena como una sinfonía divina que refleja la esencia de Dios que fluye en nosotros. Observamos en la

naturaleza las variadas vibraciones, lentas y rápidas, reflejadas en el latir de nuestro corazón, que responde a las diferentes melodías de nuestras experiencias. Incluso los alimentos que consumimos, imbuidos de una vibración luminosa, impactan nuestra energía vital. Es esencial expresar gratitud y bendición por lo que nos nutre, reconociendo la vibración única de cada elemento que conforma nuestro ser.

El acto sagrado de cultivar la tierra revela la conexión intrínseca con la divinidad, manifestándose en la creación de vida. Al arar la tierra, nos convertimos en guardianes de la vibración del suelo, agradeciendo la fertilidad

que generosamente nos ofrece. El ser humano, como toda entidad en el planeta Tierra, es pura vibración, una expresión sublime de la esencia divina que se manifiesta en cada toque, pensamiento o emoción consciente.

En nuestra travesía existencial, la consciencia de nuestra naturaleza gravitacional adquiere un significado más profundo. Somos seres conscientes, dotados por el Creador con la capacidad de experimentar y comprender la vibración de la vida que nos rodea. La plena consciencia nos permite discernir las armonías divinas y las discordias que influyen en nuestra existencia.

Este estado elevado de consciencia no solo nos revela la magnitud de la creación de Dios, sino que también nos convoca a ser guardianes responsables de la vibración que emitimos y recibimos.

Cultivar la tierra no es solo un acto físico; es una expresión de nuestra consciencia divina en acción. Al reconocer la vibración única de cada elemento en la tierra, honramos la obra maestra del Creador y fortalecemos nuestra conexión con la esencia divina que permea toda la creación. En este sagrado cultivo, nos convertimos en colaboradores conscientes del plan divino, cultivando no solo la tierra sino también la consciencia de

nuestra propia divinidad, tejida con amor por el Creador.

5. La búsqueda de la Verdad

En nuestro camino hacia Dios, la evolución hacia una vida más consciente se presenta como un camino sagrado, marcado por la búsqueda de la verdad y la conexión con la Presencia Natural que Dios ha inscrito en cada ser humano. En este capítulo inicial de nuestro peregrinaje cósmico, se nos insta a comprender la importancia de esta evolución consciente, pues en la plena consciencia radica la clave para discernir el engaño y

descubrir la verdad que emana de la divinidad.

La Presencia Natural, un regalo del Creador, es la luz interior que ilumina nuestro camino hacia la verdad. Al evolucionar hacia una vida más consciente, nos sumergimos en las profundidades de nuestra propia esencia, donde la Presencia Natural revela su sabiduría divina. Este estado de consciencia elevada nos capacita para discernir las artimañas del engaño, permitiéndonos desentrañar las ilusiones que obstaculizan nuestro camino espiritual.

Vivir conscientemente es vivir en armonía con la voluntad de Dios, abrazando la verdad

que se manifiesta en cada instante. La plena consciencia nos libera de las cadenas de la ignorancia, permitiéndonos experimentar la plenitud de la vida y alcanzar la felicidad que emana de la conexión con la Presencia Natural que reside en nuestro ser. Al abrirnos a esta consciencia divina, descubrimos la dicha intrínseca que impulsa nuestra existencia y nos guía hacia un estado de gracia en el cual experimentamos la realidad con ojos espirituales.

Dios nos acompaña y alienta en nuestro viaje evolutivo hacia la consciencia plena, para convertirnos en alquimistas de la verdad, transmutando la ilusión del engaño en la

realidad de la divina Presencia Natural. La evolución consciente nos libera de las sombras del desconocimiento, permitiéndonos vivir en la luz de la verdad que emana del Creador. Abrazar la consciencia es abrazar la verdadera esencia de la vida, estando con maestría en la conexión de la Presencia Natural que nos guía hacia la felicidad y la plenitud en la obra maestra de la creación divina.

6. La Esencia del Alma y el Olvido de lo que Somos

Dios nos hizo a su imagen y semejanza,

dotándonos de una esencia divina que pervive en nuestro ser. Este designio sagrado confiere al alma una naturaleza inalterable y consciente, siendo un componente intrínseco que, a pesar de hallarse inmerso en el olvido terrenal, atesora las impresiones de cada experiencia vivida. El propósito sublime del ser humano yace en despertar al alma dormida, recordando la conexión eterna con la esencia divina que reside en lo más profundo de nuestro ser.

La conciencia superior, emanación directa de la esencia divina, revela su resplandor cuando trascendemos los límites de pensamientos y emociones mundanas. Este despertar nos brinda la posibilidad de vivir de

manera consciente, permitiendo que el corazón y la intuición guíen nuestros pasos. Entregándonos a la fuerza compasiva e inclusiva de la conciencia divina, abrimos la puerta a una existencia plena y feliz.

El alma, portadora de inmortalidad y pureza, viaja entre el pensamiento creador y la emoción magnética, dando forma a la realidad física en las profundidades del Ser. Cada pensamiento y emoción, al ser moldeados por la esencia divina que mora en nosotros, influyen en la calidad de nuestra experiencia terrenal. En este viaje único, cada ser humano experimenta la sensación de separación, una ilusión que solo la conexión consciente con la

esencia divina puede disolver, revelando la verdad universal de la unidad que nos conecta a todos en la creación de Dios. Se nos insta a despertar al alma, recordando y viviendo la conexión con la divinidad que nos define y guía hacia la plenitud de la existencia con Dios.

7. El Olvido como Herramienta de Aprendizaje

Dios quiso que el alma, portadora de sabiduría acumulada a lo largo de existencias anteriores, opta por el olvido al emprender un nuevo viaje terrenal. Este olvido no es un vacío, sino una elección consciente del alma para

sumergirse en la experiencia humana y aprender. A medida que avanzamos en la vida, el conocimiento interno, herencia divina inscrita en lo más profundo de nuestro ser, se revela gradualmente en nuestra evolución de Consciencia con lo creado y con el Creador.

Este conocimiento es innato y lo vamos desenterrando a lo largo de la vida con nuestra Consciencia. se manifiesta en habilidades únicas que estamos destinados a utilizar en beneficio de la comunidad. La percepción sensible, despierta recuerdos eternos que nos permite recordar verdades eternas inscritas por la Fuente Divina. Esto nos enfrenta al recordatorio divino de que todo nos ha sido

dado, y nuestra tarea es extraer ese conocimiento interno.

El conocimiento genuino no se adquiere a través de fuentes externas, sino que surge desde el interior. La experiencia sensorial actúa como un catalizador que despierta esencias olvidadas y nos conecta con la sabiduría divina que reside en nuestro Ser. El alma, fuente inagotable de amor y gozo, impulsa al ser humano a elevarse a través de estados de consciencia alterados, permitiendo así una conexión más profunda con la esencia divina que mora en cada uno de nosotros.

8. La Experiencia Mística y el Éxtasis como Puertas a lo Divino

Dios en su experiencia mística, despierta nuestra Consciencia a través de momentos de éxtasis que provocan impresiones profundas, llevándonos al silencio absoluto donde la esencia divina se revela. La entrega a la Vida se percibe desde el corazón, fusionando pensamiento y emoción.

El éxtasis, generado por rituales, proporciona una comunión con lo divino.

Como buscadores de la Verdad en Dios, nuestra conexión con el Creador se revela

como la fuente sublime de éxtasis, un estado elevado que trasciende la comprensión ordinaria. Este éxtasis no es simplemente un estado emocional, sino una experiencia mística que sumerge al individuo en las profundidades del divino océano divino. Al explorar la importancia de este éxtasis en la conexión con Dios y la Consciencia Divina, nos adentramos en los misterios de la existencia y la espiritualidad.

La raíz del éxtasis divino yace en la comprensión de la presencia continua de Dios en cada aspecto del Universo. Dios, como la fuerza primordial que da vida a todo, se manifiesta en la totalidad de la Creación. La

Consciencia de esta omnipresencia despierta un éxtasis que va más allá de las emociones terrenales, sumergiéndonos en un estado de deleite espiritual en total estado de Presencia.

El éxtasis con Dios es una comunión de amor, una fusión de la consciencia individual con la divinidad que trasciende las limitaciones del ego. En este éxtasis, el individuo se disuelve en la presencia divina, experimentando una unidad trascendental que va más allá de las dualidades de la vida cotidiana. Es un estado de éxtasis que implica una rendición completa al amor infinito de Dios.

La conexión con Dios en el éxtasis no es solo un fenómeno individual; es también una danza cósmica en la que el alma se fusiona con la esencia divina. Este éxtasis colectivo es la celebración de la unidad intrínseca de toda la creación con Dios. Cada ser, cada átomo, participa en esta danza cósmica, contribuyendo al éxtasis universal que emana de la presencia divina y la Presencia Natural del Ser.

Sabemos que el éxtasis es un portal hacia la comprensión más profunda de la naturaleza de Dios y la Consciencia Divina. En este estado elevado, la mente alcanza un silencio sereno, permitiendo que la verdad divina se revele. Es

un proceso de contemplación divina que va más allá de las palabras y los conceptos limitados. El éxtasis es la experiencia directa de la divinidad, una conexión que va más allá de la comprensión intelectual y se funde con la Consciencia.

En nuestra tradición espiritual, el éxtasis ha sido descrito como la unión del alma con Dios, una fusión que trasciende las barreras del tiempo y del espacio. Es un estado en el que el individuo experimenta la realidad última de la existencia, reconociendo su verdadera identidad como una chispa divina en el vasto fuego de la creación. Este éxtasis revela la naturaleza ilimitada y eterna de Dios y la

Presencia Natural del Ser.

La práctica espiritual se convierte en un vehículo para alcanzar el éxtasis divino. A través de la meditación, la oración profunda y la entrega sincera, el individuo abre su corazón a la presencia amorosa de Dios. El éxtasis no es simplemente un objetivo, sino un regalo divino que se despliega a medida que el buscador se sumerge más profundamente en la espiritualidad y se conecta con la Consciencia Divina.

El éxtasis con Dios no se limita a momentos específicos de la vida; es una corriente continua que fluye a través de la

existencia. Cada experiencia, cada desafío, se vuelve una oportunidad para sumergirse más profundamente en la conexión con Dios y la Consciencia Divina. El éxtasis no es ajeno a la vida diaria; es una invitación constante a reconocer la presencia divina en cada aliento, en cada latido del corazón y en nuestra presencia consciente.

Sentimos que el éxtasis con Dios es la culminación de la búsqueda espiritual, el encuentro amoroso entre el buscador y lo divino. Es un renacer en la luz radiante de la verdad espiritual. En este éxtasis, nos convertimos en un canal para la expresión del amor divino en el mundo, irradiando la luz de la

conexión sagrada con Dios y la Consciencia Divina hacia toda la creación.

9.EL DIÁLOGO DIVINO EN EL MOMENTO DEL AHORA

9.1. Cada instante es un santuario donde Dios se manifiesta

"Dios quiere que este momento, con sus colores, tonalidades y brisa única, sea una manifestación directa de la Divinidad."

La Consciencia se revela como el puente

divino que une el ser humano con el momento presente. En cada instante, la Consciencia nos permite experimentar la divinidad que se despliega en el ahora. Dios, en su omnipresencia, se manifiesta en todas las cosas presentes, y la Consciencia nos brinda la capacidad de percibir y apreciar la presencia divina en cada detalle de nuestra existencia.

Al estar plenamente conscientes, nos sumergimos en el flujo eterno del momento presente, donde la realidad divina se desvela ante nuestros sentidos. Frente a la majestuosidad de un atardecer, desaparecen los límites temporales del pasado y el futuro. La Consciencia actúa como la luz que ilumina

el ahora, permitiéndonos reconocer la gracia divina que se manifiesta en cada respiración, en cada latido del corazón y en cada aspecto de la creación que nos rodea. Cada experiencia de vida deja una impresión, pero es crucial disfrutarla en el presente, el único momento en el que realmente existe.

El momento presente se convierte en algo sagrado donde adoramos la presencia de Dios. A través de la Consciencia, nos alineamos con la verdad eterna de que Dios está aquí, ahora, en cada átomo, en cada pensamiento y en cada experiencia. La Consciencia nos libera de las cadenas del tiempo, permitiéndonos sumergirnos en la

eternidad del momento presente, donde Dios revela su amor incondicional y su sabiduría divina.

9.2. La Paradoja del Tiempo: Más Allá de lo Bueno y lo Malo

En la comprensión del diálogo divino, cada momento, ya sea percibido como "bueno" o "malo", se revela como una forma única del ahora. No es la realidad en sí misma lo que determina nuestra percepción, sino la interpretación basada en el pensamiento. La muerte de un ser querido puede ser considerada negativa, pero en el momento

presente, se manifiesta como una oportunidad de experimentar y compartir el amor que perdura incluso más allá del tiempo.

En la rendición al momento de ahora, la resistencia al Plan Divino se disuelve. La separación entre lo divino y lo humano desaparece, dando paso a la unicidad. La aceptación consciente de la realidad, tal como se presenta en el instante divino, nos invita a vivir en gozo. Las aparentes adversidades, como enfermedades y dolores, se transforman en ocasiones para explorar y disfrutar del poder divino que fluye en nuestro interior.

La ansiedad y la tristeza emergen cuando no aceptamos el propósito del momento de ahora. Alejarse de la esencia divina es tan simple como vivir en la ilusión del pasado o el futuro, generando sufrimiento. La felicidad, por ende, no depende de los acontecimientos externos, sino de la aceptación consciente de lo que experimentamos. La perfección divina solo se encuentra en el presente, en el momento sagrado que conecta directamente con Dios.

9.3. Percibir a Dios en la Profundidad del No Tiempo

Cuando el corazón se sumerge en el movimiento del no tiempo, la tristeza se transforma. La aceptación y exploración de la profundidad del no tiempo nos lleva a la esencia divina o consciencia. La vida humana, en su propósito último, consiste en permitir que la conciencia divina se exprese en el momento de ahora. Nuestra conexión con Dios determina el futuro que nos aguarda, mientras que el pasado, al ser pensado, se vuelve insignificante. Solo el presente, el eterno ahora, tiene relevancia.

Contemplar una flor, efímera y cambiante, nos revela el arte constante de la creación

divina. Al aceptarla sin apegos al pasado, surge la alegría y el amor en el reconocimiento de que todo, en sus diversas formas, es una expresión del fluir divino de energía en evolución. Cada cambio, cada marchitamiento, es parte del ciclo perpetuo de la creación, recordándonos la constante renovación de la belleza que fluye del Creador Supremo. En el capítulo 1, exploraremos cómo la Consciencia nos guía hacia la verdad eterna de que Dios está aquí y ahora, revelándose en cada movimiento de energía que sostiene nuestra existencia.

LIBRO SEXTO DE LA VIDA ETERNA

“ Y Dios nos compele a devolver nuestro cuerpo a la tierra en la forma mas simple y natural posible. La vida es un ciclo que empieza con la concepción y se cierra, en esta dimensión, con la muerte del cuerpo, que vuelve a transformarse para seguir creando vida.”

EL SAGRADO PASO DE LA VIDA TERRENAL A LA ETERNIDAD DIVINA

La dignidad humana y el tránsito divino.

Desde el momento del nacimiento hasta el último aliento, la vida humana se despliega como un testimonio de la cooperación en la Creación Divina. Bajo la atenta mirada del Creador Supremo, cada nacimiento se convierte en un acto de divina concesión, y cada muerte, en un retorno al seno del Dios Todopoderoso.

La dignidad humana en el último suspiro se manifiesta al facilitar el retorno de la materia viva prestada a las estrellas. La disposición del cuerpo permite que este se descomponga libremente, devolviendo sus sustancias al Universo del que surgieron. Bajo la mirada benevolente del Creador, cada partícula de nuestro ser vuelve a su origen

cósmico, un ciclo eterno de creación y retorno que solo un Dios omnisciente puede concebir. En el regreso digno al origen cósmico, el alma agradece la reverencia a la creación divina y se sumerge en la paz eterna que emana de la Fuente Divina. Cada alma aspira a perdurar, y su memoria encuentra refugio en la comunidad que compartió su existencia. En la dimensión espiritual elegida tras el tránsito, la memoria universal del éter alberga cada experiencia vivida y es al volver a la presencia de Dios cuando el alma celebra su vida eterna y divina por los tiempos de los tiempos.

Círculos y Espirales Vitales: El Eterno Retorno

Cuando nuestra existencia comprende la constante sucesión de nacimiento, desarrollo y muerte, alcanzamos la divinidad que nos concede el aliento de Dios.

Al iniciar un nuevo día tras el descanso nocturno, apreciamos que nuestra vida transcurre entre el amanecer y el atardecer solar de manera cambiante, bajo la constante mirada de Dios. En el sueño, encontramos otras vidas que se suceden en el presente continuo de todas nuestras existencias, guiados por la mano divina de Dios. Experimentamos la sucesión ininterrumpida de círculos y espirales vitales, un eterno

retorno que refleja la manifestación constante de la Divinidad. Cada día emerge entre la alborada y el ocaso solar, un recordatorio de la transformación constante que impulsa la existencia. Nuestros átomos, dones generosos de Dios que componen nuestro ser, siguen el mandato divino al formar la materia que nos constituye. Sin embargo, al llegar al término de nuestra existencia terrenal, estos átomos emprenden el sagrado viaje de retorno al divino vacío del cual surgieron, una dispersión que nos recuerda la inmortalidad bajo la gracia benevolente de Dios.

La materia experimenta un constante vaivén de reciclaje, donde las sustancias que

hoy fluyen en nuestra sangre podrían convertirse mañana en la savia de una planta o disolverse en las profundidades del océano. En este eterno ciclo, nos corresponde devolver a la naturaleza el sagrado préstamo que generosamente nos ha sido otorgado, acatando así la Divina voluntad de Dios.

La certeza ineludible de la muerte nos enfrenta como seres conscientes de nuestra propia mortalidad desde el primer aliento. Este fenómeno implica descomposición y renuncia al control de lo que construimos con tenacidad. Siendo efímeros en la Tierra, compartimos con los demás organismos vivos la inevitabilidad de descomponernos. Todo lo

que consumimos a lo largo de la vida es un préstamo divino que debemos devolver al morir, como parte del divino designio de Dios.

En el sueño profundo, exploramos otras vidas que se entrelazan en el continuo presente de nuestras existencias. La vida fluye entre inhalaciones y exhalaciones, latidos cardíacos, creando un espacio temporal donde la conciencia eterna asume el relato de la Vida. La existencia es un ejercicio de transformación, una experiencia emocional entre la llegada y la partida, entre los momentos de nacimiento y muerte.

Comprender la Divinidad que nos da

aliento se manifiesta en la aceptación de la constante sucesión de estados vitales, asumiendo la dicha de la existencia temporal. En este eterno retorno, la muerte se convierte en un acto consciente de devolución, una transición que nos recuerda nuestra conexión eterna con Dios y la oportunidad de morir con dignidad como hijos de la Fuente Divina.

En nuestro interior albergamos lo esencial de la muerte: el recambio, la permanencia, la transformación hacia un nuevo estado, según el divino propósito de Dios. La nostalgia y los recuerdos son meros sentimientos necesarios que sirven de combustible para avanzar hacia un nuevo desarrollo, hacia una nueva

experiencia bajo la guía amorosa de Dios.

No podemos vivir una nueva situación si nos aferramos a la que tenemos. Asumir la muerte como una bendición divina nos permite gozar de una existencia terrenal efímera con la inmortalidad de los elementos que nos conforman, según la divina gracia de Dios.

Aunque la vida pueda parecer un misterio insondable, no es más que un ejercicio de transformación que podremos gozar entre el nacimiento y la muerte, bajo la mirada amorosa y compasiva de Dios. En este viaje, no perdemos nada; simplemente, transitamos entre estados del ser humano con la esencia

eterna y divina que somos, según el plan perfecto de nuestro primer y único Creador.

La ilusión de la muerte y el dolor como preparación al tránsito.

La muerte, entendida como un tránsito hacia otra dimensión, nos invita a enfrentarla con serenidad, recordando que no es el fin, sino un paso dentro de la vastedad de la vida eterna, un plan trazado por el mismo Creador. La decisión sobre cómo afrontar este sagrado umbral recae en la persona que se encuentra en él, y la voluntad de finalizar sin sufrimiento encuentra eco en opciones naturales y

prácticas como el ayuno, la relajación y la meditación. La agonía, término comúnmente asociado con la lucha por la vida, se transforma en un ritual de preparación consciente para el tránsito, lejos de la concepción de una batalla inevitable, porque en el designio divino, la muerte es un preámbulo a una vida más allá de nuestra comprensión terrenal.

El dolor físico, compañero en el último tramo de la vida, sirve como estímulo para interiorizarnos y preparar el alma para el tránsito. Este dolor se convierte en un llamado a la reflexión, una invitación a la consciencia plena antes de la comunión con lo

trascendental.

Así como las hojas de los árboles caen en otoño, cada ser humano, al morir, se convierte en una hoja sagrada del árbol de la Vida. La Divina Providencia acoge la partida de cada hoja con regocijo, consciente de que su contribución alimentará el crecimiento futuro y será fértil para otras formas de vida. La transición de la existencia terrenal a la eternidad divina es un proceso sagrado, guiado por el plan maestro del Dios que conoce cada detalle de nuestro ser y destino.

El Umbral Sagrado: Morir con Dignidad

como Hijos de Dios.

En el recorrido efímero de nuestra existencia terrenal, nos enfrentamos al momento trascendental de la muerte, una transición que nos lleva del plano material al abrazo eterno de lo divino. Este acto final de nuestra vida en la Tierra es un umbral sagrado que demanda ser cruzado con la gracia y la consciencia divina.

Como hijos de Dios, llevamos en nosotros la chispa divina que nos conecta con la Fuente misma de la existencia. La muerte, lejos de ser un fin desolador, se presenta como una entrada a la dimensión eterna de la realidad

divina. Es un retorno a casa, donde nuestras almas, tejidas con la esencia de lo divino, encuentran su destino final.

Morir con dignidad se convierte, entonces, en una expresión de nuestro reconocimiento de la magnificencia divina que habita en nosotros. En este acto supremo, trascendemos la fragilidad de la carne para abrazar la inmortalidad del espíritu. La dignidad en la muerte emana de la comprensión profunda de nuestra conexión intrínseca con Dios, el Creador que nos ha otorgado el don de la vida.

Llegar al final de la vida en la consciencia

divina implica enfrentar la transición con serenidad y aceptación. La divinidad interior nos guía en este viaje, recordándonos que, aunque abandonemos la vestidura terrenal, nuestra esencia eterna encuentra su morada en el amor inagotable de Dios. La muerte se convierte en la puerta de entrada a una realidad más amplia, donde la luz de lo divino ilumina el camino hacia la plenitud espiritual.

En este proceso de retorno a la presencia de Dios, nuestra alma experimenta una liberación gloriosa, despojándose de las limitaciones terrenales. La muerte, entonces, se convierte en la culminación de nuestra travesía humana, el momento en que la

consciencia divina nos acoge de nuevo en su abrazo eterno. La dignidad en la muerte surge de la confianza en que somos hijos amados de Dios, y en Su misericordia encontramos el consuelo de regresar al hogar celestial.

En la muerte, la vida y la consciencia divina se entrelazan, y el viaje hacia la eternidad se realiza en la certeza de la comunión con Dios. Morir con dignidad es el último acto de amor propio y reconocimiento de nuestra conexión con lo divino, permitiendo que nuestra existencia, aunque efímera en la Tierra, se funda en la eternidad de la presencia de Dios.

Rescatamos las palabras de un amado hermano que, cercano ya el momento de su partida, nos transmite de forma magistral el momento del encuentro con la que él denomina “hermana muerte”:

“Cuando la muerte llegue hasta tí, por un tiempo se acrecentarán tus sentidos y, aunque el cuerpo esté inerte y ya no puedas moverlo, vivirás y sentirás con infinita percepción todo aquello que te rodea. No te angusties en estos momentos; simplemente relájate y los hermanos de luz que trabajan desconectándote del vehículo físico, te ayudarán a salir de él.

Una vez conseguido, lo verás inerte a tu

izquierda. No te recrees en algo que ya no es sino un traje viejo que utilizaste para encarnarte durante un tiempo de tu eternidad; mas bien reconoce que te has separado de él y, mirando a tu derecha, sigue la luz viva que, como una antorcha en la oscuridad, te está llamando.

Síguela a través del túnel hasta fundirte con ella. En ocasiones, para guiarte a través del túnel vienen seres muy queridos para tí y que ya abandonaron su cuerpo físico; otras veces, tu propia devoción atrae la forma mental de una deidad o la imagen de una virgen o un santo en el que, durante tu vida física, depositaste toda tu fe. Ve con ellos, porque

ellos te adentrarán en la luz del nuevo nivel de consciencia al que despiertas”.

El mismo polvo de las estrellas.

En nuestra travesía por esta existencia efímera, nos encontramos con el momento culminante que trasciende la temporalidad terrenal: la muerte. En este acto final, somos llamados a rendir cuentas por el préstamo generoso de vida otorgado por Dios, una devolución reverente al divino vacío del cual emergieron nuestros átomos.

Como hijos de Dios, portadores de la chispa divina, reconocemos que cada átomo

que compone nuestra materia es un regalo celestial, un recordatorio de nuestra conexión eterna con la fuente de toda existencia. En el ciclo incesante de la materia, desde el núcleo de nuestro ser hasta la hebra de nuestro cabello, participamos de la misma sustancia que las estrellas, manifestando la inmortalidad intrínseca inscrita en el divino designio de Dios.

Al llegar al final de nuestra existencia terrenal, el polvo de las estrellas que nos constituye emprende un viaje de retorno, una dispersión que refleja la naturaleza eterna de nuestra esencia. En este acto, devolvemos a la naturaleza el préstamo divino que nos fue

confiado, participando en el constante fluir de la creación según la voluntad benevolente de Dios.

La muerte, lejos de ser un cese desolador, se revela como un portal sagrado que nos conduce de vuelta a la esencia divina. Este retorno al divino vacío es la expresión última de nuestra inmortalidad y nos sitúa en la corriente eterna de la gracia de Dios. Reconocer la transitoriedad de la vida terrenal es abrazar la responsabilidad de devolver a la naturaleza lo que nos fue prestado, una manifestación de nuestro papel como custodios de la Creación Divina.

En este ciclo ininterrumpido, comprendemos que la muerte es un recordatorio de nuestra conexión eterna con Dios y una oportunidad para participar activamente en el divino diseño del Universo. Al enfrentar la certeza ineludible de la muerte, recordamos que, aunque somos seres temporales en la Tierra, la esencia divina que nos anima, nos vincula eternamente al propósito eterno de Dios. La muerte, entonces, se convierte en el umbral sagrado que nos conduce de vuelta a la presencia divina, donde el polvo de las estrellas se fusiona nuevamente con la magnificencia del Creador.

La Esperanza en la Vida después de la Muerte: Eternidad en la Consciencia Divina.

Dios nuestro Creador, nos da la esperanza en la vida después de la muerte en nuestro camino de evolución consciente y así iluminar el horizonte espiritual de los creyentes hacia la certeza de nuestro caminar por una existencia eterna. Esta esperanza se vuelve Verdad absoluta ya que vamos aprendiendo que somos más que simples moradores temporales de la materia; somos esencias eternas y divinas, entrelazadas en el tapiz sagrado de la Creación.

La esperanza, arraigada en la consciencia

divina, nos insta a vivir con propósito y devoción a la voluntad de Dios. Somos seres destinados a la eternidad, y cada experiencia terrenal se presenta como una oportunidad para alinear nuestras vidas con la verdad eterna. La muerte, lejos de ser el término, es el portal hacia una realidad donde la consciencia divina abraza nuestras almas en un abrazo eterno. En esta realidad, la esperanza se transforma en certeza, y la vida eterna se manifiesta como el destino último de nuestra peregrinación celestial.

Cada latido de nuestro corazón, cada átomo que constituye nuestro ser, es un testimonio divino de la gracia generosa que

fluye de la Fuente Creadora. Somos chispas de la luz eterna que emana de Dios, llevando en nuestro ser la impronta divina. La esperanza, arraigada en esta verdad, nos invita a contemplar la muerte no como un final, sino como una transición hacia una dimensión donde la esencia eterna se libera de las restricciones del tiempo lineal y se sumerge en la eternidad divina.

Vivir en el tiempo eterno de la consciencia divina implica una comprensión profunda de que nuestro paso por la vida terrenal es apenas un capítulo en el vasto libro de nuestra existencia. Nuestra conexión con Dios trasciende los límites temporales y físicos, y la

muerte, lejos de ser un fin, nos conduce a la plenitud de la vida en la presencia divina. La Ley Natural, como expresión de la sabiduría divina, sirve como guía moral en nuestra travesía hacia la vida después de la muerte.

En la eternidad de la consciencia divina, la Ley Natural se revela como el código sagrado que dirige nuestra esencia a través de las dimensiones celestiales. La vida después de la muerte no se presenta como un estado vago o abstracto, sino como la continuación de nuestra relación eterna con Dios.

Cada acto en armonía con la Ley Natural reverbera como un eco eterno en la sinfonía divina, asegurando que nuestra existencia

trascienda los confines de lo efímero y se inscriba en el eterno presente divino.

“ La promesa divina de la vida después de la muerte resuena en cada rincón del universo, ofreciendo consuelo y certidumbre a aquellos que buscan la verdad eterna en la luz de Dios.”

VIDA ETERNA

En la esencia eterna de Dios, hallamos la Fuente Primordial de la vida. En Su ser, la vida eterna fluye como un río divino que nutre cada rincón del universo. La Creación misma es un

testimonio del amor inagotable de Dios, quien, en Su generosidad infinita, nos infunde con el don de la vida eterna. “Con la muerte, el cuerpo y la mente no se abandonan. Sois seres constituidos por tres partes, y siempre será así. Se trata de la misma y única energía. En el reino del espíritu los resultados son instantáneos, por lo que las almas recién partidas aprenden, en realidad recuerdan, a controlar sus pensamientos, ya que experimentan lo que piensan de manera instantánea, sin lapso de tiempo”.

Como seres creados a imagen de Dios, llevamos en nosotros la chispa de la vida

eterna. Somos portadores de la llama divina que nos conecta con la fuente misma de toda existencia. En nuestra esencia, Dios ha inscrito la promesa de la vida eterna, un destino que trasciende las limitaciones temporales de nuestra realidad terrenal.

La vida eterna no es simplemente una prolongación indefinida del tiempo, sino una comunión eterna con Dios. En nuestra existencia espiritual, nos embarcamos en un viaje hacia la comprensión de esta conexión íntima con la divinidad. La energía transformadora que reside en nosotros es una manifestación de la vida eterna que fluye desde la Fuente Divina.

Dios nos invita continuamente a que exploremos nuestra propia existencia, descubrimos que la vida eterna no solo se experimenta en un futuro lejano, sino que está presente en cada momento de nuestra vida. La energía transformadora de la vida eterna se manifiesta en la capacidad del ser humano para amar, crear, perdonar y buscar la verdad.

En nuestros actos de amor, reconocemos la presencia divina que nos impulsa hacia la vida eterna. Cada expresión creativa, cada acto de perdón, refleja la chispa divina que nos conecta con Dios. La vida eterna no es solo un destino futuro, sino una realidad que se

despliega en la medida en que abrazamos la esencia divina que mora en nuestro interior.

En la trama de la Creación, Dios nos teje con hilos de vida eterna. Cada ser humano es un nodo en el tapiz divino, una expresión única de la energía eterna que fluye desde la divinidad. La Creación misma es un testimonio del plan maestro de Dios para infundir vida eterna en cada partícula del universo.

Así, en nuestra existencia, somos más que meros espectadores; somos participantes activos en la danza cósmica de la vida eterna. A través de nuestras elecciones, acciones y aspiraciones, co-creamos con Dios la realidad

de la vida eterna. Cada instante se convierte en una oportunidad para nutrir la conexión con la Fuente Divina y permitir que la energía transformadora de la vida eterna fluya a través de nosotros.

Dios nos concedió la vida eterna no sólo como un destino futuro, sino como una realidad presente en cada respiración, en cada latido del corazón. En nuestra conexión con Dios, encontramos la Fuente Eterna que anima nuestra existencia y nos invita a participar plenamente en el Plan Divino.

Y Dios habló _ ***Es el regreso a vuestra casa, a mis brazos amorosos como Padre***

Celestial y vosotros mis hijos encontraréis la plenitud y el propósito último de vuestra verdadera existencia en Mí por los tiempos de los tiempos_. Así sea

EPÍLOGO

ACTOS DE CULTO. RITOS Y CEREMONIAS

Dedicamos un capítulo aparte a los actos de culto puesto que, para nuestra Iglesia, constituyen la parte mas importante, puesto que a través de ellos nos conectamos directamente con Dios y Le manifestamos nuestra admiración y devoción.

Como iglesia milenaria, E.D.E.N. reconoce el poder de la oración y la meditación como formas de conectar con la Fuente de toda la creación, con Dios. El trabajo interior conduce

a la inspiración, a la edificante experiencia intemporal de respirar la totalidad y la unidad universal.

En nuestra vida diaria, es fácil perder de vista lo importante que es tener una conexión profunda con Dios. Sin embargo, esta conexión puede brindarnos una gran cantidad de beneficios y, sobre todo, fortaleza espiritual. Y a mantener esta comunicación con la Fuente Divina, en la forma mas pura, permanente y transparente, es a lo que van dirigidos los ritos de la Nueva Iglesia Antigua (E.D.E.N.). Estos ritos toman como base principal, como hemos referido, la oración (en su forma verbal o mental), la meditación y la

lectura de textos sagrados. También forman parte de nuestra tradición ceremonial las reuniones periódicas en nuestro templo.

La conexión con Dios nos proporciona paz, sabiduría, fuerza interior, esperanza, sentido de lo eterno, …….en suma, nos aporta amor. Nos proporciona la certeza de que Él nos ama, y en esa certeza podemos gozar cada instante de nuestra existencia.

La Ecclesia Divina de la Eterna Natura apuesta decididamente por una conexión permanente con el Creador, a través de establecer una disciplina diaria (oración, meditación, lectura), de agradecer a Dios por

todo lo que somos y tenemos (no hay que pedir porque todo nos ha sido dado), de recordarle a través de citas que colocamos en lugares visibles de nuestra casa u oficina, de dedicarle momentos de silencio y reflexión, de venerar todas las formas de vida a través de la contemplación y la conexión con la Naturaleza.

La oración y la meditación pueden ser prácticas pasivas interiorizadas o pueden ser activas y dinámicas. Cualquier actividad que se desarrolle pueden ser formas de meditación, dependiendo de la intención y la conciencia que aportemos a nuestro trabajo. Celebramos que haya muchas formas de

oración y meditación porque entendemos que nuestras necesidades cambian con el tiempo. El practicante puede trabajar con lo que necesite en cada momento. Si bien están establecidos actos de culto con carácter periódico y obligatorio que son comunicados a nuestros miembros a través de las reuniones en nuestros Templos y por otros medios.

En este sentido, la autoconciencia es crucial, para tener claro lo que necesitamos a lo largo de este viaje espiritual que es la vida. Como ecclesia moderna, E.D.E.N reconoce el valor y la sabiduría de los ritos que se derivan de las muchas tradiciones religiosas de nuestro mundo. Adoptamos el enfoque de la

curiosidad respetuosa y del estudio, en lugar de descartar la sabiduría que a menudo se siente y se ve a través de diferentes caminos. A veces el concepto es el mismo, pero el lenguaje o el enfoque pueden variar.

ORACIÓN

“Todo lo que existe en mí es esencia eterna y divina que impregna mi cuerpo, mente, alma y espíritu. Soy amor, soy verdad, soy consciencia presente en honor y justicia con todos los demás seres sintientes que rodean mi existencia por los tiempos de los tiempos, de los mundos visibles e invisibles,

que la Fuente Divina haya puesto en mi camino eterno".

Esta oración debe ser recitada todas las mañanas, al salir el sol, con quietud y plena consciencia.

MEDITACIÓN

Comenzaremos nuestra meditación colocándonos en una posición cómoda. Cerramos los ojos y ponemos las manos en nuestro pecho, a la altura del corazón, y las mantenemos en ese lugar, respirando lenta y profundamente. Conectamos con lo que está presente, sintiendo nuestra respiración y los

latidos del corazón. Ralentizamos la respiración y sentimos más profundamente nuestro espacio interior. Si tus pensamientos, algún ruido o tus sensaciones corporales te distraen, vuelve a dirigir la atención a tu respiración. ¿Qué sentimientos encuentras? ¿Qué verdad estás percibiendo en ese momento?. Observamos lo que surge. Nos tomamos el tiempo que sea preciso. Esta práctica puede realizarse en cualquier momento y se recomienda al principio y al final del día. Nos ayuda a conectar con la divinidad que hay dentro de todos y cada uno de nosotros/as, así como a desarrollar la honestidad interna, la conciencia y a ser conscientes de nuestros sentimientos.

Debemos practicar la meditación al menos una vez a la semana, preferiblemente en domingo y en la puesta del sol.

LECTURA DEL LIBRO SAGRADO

El Liber Amoris contiene el cuerpo doctrinal de la Nueva Iglesia Antigua. La lectura de su contenido aporta claridad acerca de los fundamentos de E.D.E.N.

Este contenido ha sido revelado y, por ello, su lectura nos conecta directamente con el

Creador.

Debemos realizar una pequeña lectura diaria, cuando dispongamos de un momento de paz y sosiego a lo largo del día. Tras la lectura, meditar durante al menos cinco minutos acerca de lo leído.

REUNIONES DE LA ENTIDAD RELIGIOSA E.D.E.N.

También desde E.D.E.N. mantenemos encuentros para conectar, desde lo colectivo, con la Fuente Divina. La Nueva Iglesia Antigua organiza periódicamente reuniones para

profundizar en el conocimiento y en la interpretación de la palabra de Dios. Todos/as son bienvenidos/as a nuestros encuentros. Son buenas oportunidades para conectar con el Creador, celebrar la vida y co-crear comunidad.

CEREMONIA DE INICIACIÓN

La incorporación a EDEN como miembro, conlleva el compromiso firme de cumplir con la doctrina y los principios que inspiran esta Congregación. El Ser que vaya a realizar este acto de iniciación se coloca de pie ante el ara, en el que se encuentran depositados objetos

que representan los elementos de la naturaleza. El Ser coloca la mano dominante sobre su pecho (canalizando la energía de su corazón) y, por orden de derecha a izquierda, va cogiendo con la otra mano cada uno de los objetos depositados en el ara, uno a uno, pronunciando con cada uno de ellos la frase que le corresponde: “soy tierra como toda materia creada por nuestro único y primer Creador de toda la vida que existe”, “soy agua como el líquido bendecido por nuestro único y primer Creador para transportar la vida que existe”, “soy aire como elemento elegido por nuestro único y primer Creador para conectar toda la vida que existe”, “soy fuego entregado por nuestro único y primer Creador para fundir

en alquimia evolutiva todos los procesos de la vida que existe".

Finalmente, el Hermano recita, verbal o mentalmente, nuestra oración: "Todo lo que existe en mí es esencia eterna y divina que impregna mi cuerpo, mente, alma y espíritu. Soy amor, soy verdad, soy consciencia presente en honor y justicia con todos los demás seres sintientes que rodean mi existencia por los tiempos de los tiempos, de los mundos visibles e invisibles, que la Fuente Divina haya puesto en mi camino eterno".

RECAPITULACIÓN FINAL

Del contenido de los seis libros que componen el Liber Amoris podemos extraer las conclusiones que ha continuación se detallan.

Constituye la base de nuestra doctrina la existencia de un Dios o Creador y de una legalidad de origen divino que es fuente del orden y de la armonía del universo y que condiciona, como principio, la validez o legitimidad del Derecho y del Estado. Asimismo, constituyen pilares de esta Congregación el respeto y reverencia hacía la Naturaleza y sus leyes, entendiendo que las

leyes naturales constituyen reglas de conducta prescritas por el Creador en la constitución de la naturaleza con la cual nos ha dotado. Vivir acorde a las enseñanzas de esta religión implica ser respetuoso en pensamiento, sentimiento y acción con todas las formas de vida.

Los seres humanos, como todas las demás formas de vida, se someten a este poder y sus leyes pues es solo a través de este respeto como se puede alcanzar una vida plena. Cada uno de nosotros es un ser humano único que requiere del respeto a su libertad de pensamiento, de sentimiento y de acción, todo ello con el fin de alcanzar un

equilibrio personal e individual en su vida. Asumir la responsabilidad personal de pensamiento, sentimiento y acción nos proporciona la capacidad de conseguir ese equilibrio personal, el cual propiciará la felicidad y una vida plena.

Los postulados doctrinales que nos han sido transmitidos se concretan en los siguientes:

a) El ser humano ha sido creado por Dios a su imagen y semejanza. Es, por tanto y en su misma esencia, espiritual y eterno.

b) El ser humano se compone de cuerpo,

alma y espíritu. El cuerpo es el templo del alma y del espíritu. Goza de una capacidad natural de autorregulación y autosanación, tendiendo siempre al equilibrio. Nada debe ser introducido en él en contra de la voluntad individual de cada ser, nada debe ser admitido en el cuerpo que pueda alterar ese equilibrio natural con el que ha sido dotado. Constituye un grave incumplimiento de las Leyes del Creador introducir, en la forma que sea, en el cuerpo de un ser humano cualquier sustancia o elemento sin permiso de su morador, así como permitir que sean introducidas en el templo del espíritu sustancias o elementos que no provengan directamente de la Naturaleza o que puedan en alguna medida

alterar el maravilloso equilibrio original con que ha sido dotado.

El alma es la esencia del ser humano, lo que somos; el espíritu es el aspecto de la humanidad que conecta con Dios. El ser humano es amo de su conducta en virtud de la inteligencia y libre albedrío con los que hemos sido creados.

c) La Ley Natural, que es inmutable, proviene directamente de Dios. Es una grabación de la ley eterna en la conciencia de los seres humanos. Es, por tanto, universal, aplicándose a toda la raza humana, y es en sí misma igual para todos. Todo ser humano,

porque es ser humano, si ha de conformarse con el orden universal deseado por Dios, está obligado a vivir conforme a su propia naturaleza, a cumplir las leyes que mantienen el orden en nuestro universo y a ser guiado por la conciencia.

El ser humano participa de la sabiduría y la bondad del Creador que le confiere el dominio de sus actos y la capacidad de gobernarse con miras a la verdad y al bien. La Ley Natural expresa el sentido moral original que permite al mismo discernir mediante la razón lo que son el bien y el mal, la verdad y la mentira.

d) La Ley Natural marca, como uno de sus axiomas básicos, centrarse en el bien y evitar el mal, reconociéndose de forma práctica en el «haz al otro lo que te gustaría que te hicieran a ti» y «no hagas al otro lo que no deseas que te hagan a ti».

Son principios de esta Congregación los siguientes:

a) Primero y más comunísimo principio: “amar a Dios, al prójimo y a uno mismo”. El amor a uno mismo tiene una primera expresión en el culto al templo del espíritu, que es el cuerpo, el cual debe ser preservado en su integridad y equilibrio, no introduciendo

elementos o sustancias que puedan alterarlo o alejarlo de la original creación divina.

b) Segundo principio: “debe hacerse el bien y evitarse el mal”; el bien es todo lo que está de acuerdo con lo que el ser humano es y lo que le conviene, y el mal es lo contrario: lo que significa la negación de lo que somos y lo que no nos conviene como seres humanos.

c) Tercer principio: “no existe la casualidad, ni nada que se le parezca”. Todo tiene una razón y un sentido. Desde la libertad con la que hemos sido dotados, diseñamos y ejecutamos nuestra vida. De cada ser depende, por tanto, cómo se desarrolle su vida

y su existencia toda.

d) Cuarto principio: “La Ley Natural está dirigida a la perfección de la criatura humana para que finalmente alcance su bien y beatitud en Dios”;

e) Quinto principio: “son características de La Ley Natural la universalidad, la inmutabilidad y la indispensabilidad. Y ello por cuanto es la participación de la Ley Eterna en la naturaleza racional del ser humano”;

f) Sexto principio: “existen derechos fundamentados en la naturaleza misma del ser humano que resultan inalienables. Estos

derechos son universales, además de anteriores y superiores a cualquier otro ordenamiento jurídico". Tales derechos se concretan en los siguientes: libertad, igualdad, respeto, vida, justicia o equidad, solidaridad, verdad.

Desde la doctrina de esta Comunidad, la libertad se entiende como la facultad natural del ser humano para actuar a voluntad sin restricciones, respetando su propia conciencia y los valores morales, para alcanzar su plena realización.

De igual forma, nos ha sido revelado que, a los ojos de Dios, todos los seres humanos han sido creados iguales, sin que pueda existir

ningún tipo de marginación.

Derivación consustancial de ello es el respeto, que constituye otro de los pilares de esta doctrina. El respeto implica consideración hacia el Creador, consideración por toda forma de vida, consideración por la naturaleza y por las leyes naturales que mantienen el orden y la armonía.

Y siempre debemos defender la vida, que pertenece al Creador. Nadie puede arrebatarla, dañarla o perjudicarla en forma alguna. La muerte es el fin de la vida material y el comienzo de la siguiente existencia. El cuerpo físico, una vez sin vida, debe tener un destino

natural. Desde aquí consideramos una exigencia devolver el cuerpo desnudo a la tierra.

Esta Comunidad sirve a la justicia y entiende lo justo desde el respeto a la verdad y el reconocimiento de lo que corresponde a cada uno. La máxima expresión está constituida por la justicia divina, que proporciona a cada ser lo que precisa en aras de su evolución espiritual.

De todo ello se deriva el hecho de que el ser humano debe actuar desde la solidaridad, colaborando con todo aquel o aquello que precise de su ayuda.

Y siempre actuar desde la verdad, desde aquello que conocemos o sabemos. Aun tratándose de un simple pensamiento.

g) Séptimo principio: “el incumplimiento de la Ley Natural constituye una violación contra el orden natural, es decir, contra los fines naturales”; y corresponde al Creador a través de sus leyes, determinar las consecuencias de tal incumplimiento, en aras del correcto aprendizaje y mejor comprensión de su doctrina.

Desde la doctrina de esta Nueva Iglesia Antigua, el mal ha de entenderse como

ausencia de Luz. Ello requiere, de manera inmediata, que tratemos de encontrar eso que denominamos Luz. Luz consciente es igual a Divinidad. Pero, cual es la respuesta adecuada al mal?. El remedio de una ausencia es una presencia. Así, odiar el mal, que es ausencia de luz, no lo disminuye sino que, por contra, lo incrementa. Por tanto, la respuesta correcta al mal es la compasión y el perdón, que son inducidos por la energía del amor.

Por tanto, si nos atenemos a todo lo expuesto, existe **un único mandamiento**: AMOR. Éste se entiende como amor a Dios y a todo lo por Él creado, incluido uno mismo.

De este único mandamiento se desprenden, de acuerdo con lo que nos ha sido revelado, otros dos que se pueden enumerar de la siguiente forma:

1- El respeto y veneración al templo del espíritu, que es el cuerpo que habitamos, en tanto que nos permite realizar la misión divina en este planeta. A través de este cuerpo nos experimentamos a nosotros mismos y el Creador se experimenta a través de nosotros.

2- El estricto cumplimiento de la Ley Natural, en tanto que grabación de la Ley Divina en nuestra conciencia. Ha de ser la conciencia la que, en primera instancia, nos

indique el camino a seguir.

Los mensajes poderosos del alma se encuentran en lo que denominamos corazonadas, intuiciones, presentimientos e inspiraciones. Para tener acceso a ellos debemos ser conscientes de los sentimientos propios. Si hacemos un seguimiento a nuestros sentimientos, llegaremos hasta la Fuente.

La intuición es una percepción que está situada mas allá de los sentidos físicos, es un puente que enlaza la personalidad y el alma. La forma de desarrollar la intuición es a través de cinco fases: la purificación emocional, un

programa nutricional limpio y saludable, el agradecimiento por la guía que recibimos y una apertura hacía la vida y el universo.

Somos seres de Luz y la frecuencia de esa Luz depende de nuestra conciencia. La emociones son corrientes de energía de frecuencias diferentes. Las emociones negativas son de baja frecuencia, y las positivas son de alta frecuencia. En la medida en que vamos sustituyendo corrientes energéticas de baja frecuencia por otras de alta frecuencia, estamos aumentando nuestra frecuencia de Luz y, por ende, experimentamos un aumento de nuestra energía.

De esta forma, un pensamiento es energía, o Luz, al que la conciencia ha dado forma. Esto es la creación.

A partir de aquí, el ser humano funciona con base en arquetipos, es decir, especie de idea humana colectiva. Así, el arquetipo del matrimonio ha sido creado para la supervivencia física, ayudándose el uno al otro a cubrir sus necesidades en el plano físico. Sin embargo, poco a poco se va viendo sustituido por un nuevo arquetipo: la sociedad sagrada. Esto es, un compromiso sagrado entre dos o varias personas para apoyarse mutuamente en su crecimiento espiritual. La duración de su asociación está determinada por la duración

del período de tiempo adecuado para su evolución juntos.

La dinámica alma-personalidad, energía-materia está en el centro de nuestra mitología de la creación. Tenemos nuestra propia realidad creadora dentro de un Jardín del Edén, en el que podemos decidir cada instante como vamos a crear nuestra realidad, disponiendo del principio masculino-femenino en nuestro interior.

Una elección responsable es aquella que tiene en cuenta las consecuencias de todo aquello que emana de uno. Y es sólo a través de estas elecciones como podemos decidir

conscientemente cultivar y nutrir las necesidades de nuestra alma, abandonando los deseos de nuestra personalidad. Con ello elegimos las corrientes de energía de alta frecuencia, es decir, el amor, el perdón y la compasión.

Las adicciones se pueden entender como los deseos de tu personalidad tan fuertes que resisten la energía de nuestra alma. Por debajo de todas y cada una de las adicciones se encuentra la percepción del poder como algo externo. El reconocimiento de las adicciones requiere de un gran trabajo interior, analizando aquellos lugares de tu vida donde estás controlado por circunstancias externas.

Esta Iglesia muestra y clarifica los ideales a los que debemos aspirar como seres humanos que somos en transito hacía la fusión con el Creador. En el camino hacía el UNO, tanto si pertenecemos a E.D.E.N como sí no, cada ser toma sus decisiones de forma libre y, dentro de las opciones legalmente existentes, se adoptará por cada miembro de esta Comunidad aquellas decisiones mas acordes con los principios que constituyen la doctrina de nuestra Iglesia.

REVELACIONES

Terminamos este recorrido por nuestro Liber Amoris transcribiendo una pequeña selección de los textos que nos han sido revelados.

“Amor, verdad y luz. Recuerda que nada te impongo, eres libre de elegir. Por tanto, asume también las consecuencias. El incumplimiento de las leyes que os he dado te mostrarán el poder y la justicia que emanan directamente de mí.”

“Os he dado todo lo que necesitáis para ser felices. Es tan sólo una cuestión de

elección. Desde el agua de la vida hasta los alimentos naturales de los que os he provisto. Nada más precisáis para permanecer en salud y armonía. Eso si, vigilad vuestras emociones. No os preocupéis, no temáis, no odiéis. Que todo lo que salga de vosotros emane desde vuestra parte mas elevada. La felicidad es el mejor antídoto contra la enfermedad."

"Cuidad del templo que habéis elegido habitar. Contiene todo lo necesario para una correcta y permanente homeostasia. Protegedlo adecuadamente, pues él os permite desarrollar la misión divina en la tierra. Nada debe ser introducido en él en contra de la voluntad de su morador. Si algo en él debe

ser repuesto, que provenga de la misma fuente, con idéntica pureza. Dad a ese cuerpo el destino adecuado al final de sus días. Lo que de la naturaleza vino desnudo, a la naturaleza ha de volver en idéntica forma.”

“Alejaos de todo artificio que no provenga directamente de mí. En la Tierra convivís muchos tipos diferentes de seres y no todos beben de mi fuente. Os prevengo especialmente de eso que llamáis ciencia, la cual, a menudo, se viene utilizando en contra del propio ser humano y, por tanto, con fines muy distintos a los principios que os he transmitido.”

“La nueva vida se gesta en nueve meses, tiempo necesario y suficiente para preparar una amorosa bienvenida al nuevo ser, quizá tan o más antiguo que sus propios padres. Durante ese tiempo es especialmente importante ser sensible con todo lo que entra en el cuerpo, y con todo lo que sale de él. Emociones bellas y pensamientos positivos obrarán maravillas en la nueva vida.”

“Padres y madres, habéis sido elegidos como únicos destinatarios de un mandato divino: cuidad y educad al ser al que habéis ayudado a materializarse en vuestro mundo. Es exclusiva responsabilidad vuestra.”

“He establecido leyes en el universo que os permiten crear lo que queráis. Dichas leyes no pueden ser violadas, ni pueden ser ignoradas. Utilizad el gran mandato que hace surgir el poder creador: yo soy. Nada me tenéis que pedir porque todo os ha sido dado. Cuando el cuerpo, la mente y el alma crean juntas, en unidad y armonía, Dios se hace carne.”

“Mi primera ley es que podéis ser, hacer o tener cualquier cosa que imaginéis; Mi segunda ley es que atraéis sobre vosotros todo aquello que teméis; Mi tercera ley es que cada acción, palabra o pensamiento lleva aparejada una reacción opuesta de igual

magnitud; Mi cuarta ley es que el amor es todo lo que hay".

"Alejaos del poder externo, que sólo produce dolor y violencia. El auténtico poder ama la vida en cualquier forma que ésta se exprese, no juzga lo que se le presenta y percibe. Un ser auténticamente poderoso nunca acepta la idea de utilizar la fuerza para conseguir sus fines".

"Debéis crearos a partir de vuestra propia experiencia. Sin embargo, en demasiadas ocasiones permitís que sea la experiencia de los demás las que creen vuestra realidad.

Negáis vuestra propia experiencia en favor de lo que os han dicho que debéis pensar".

"Con la muerte, el cuerpo y la mente no se abandonan. Sois seres constituidos por tres partes, y siempre será así. Se trata de la misma y única energía. En el reino del espíritu los resultados son instantáneos, por lo que las almas recién partidas aprenden, en realidad recuerdan, a controlar sus pensamientos, ya que experimentan lo que piensan de manera instantánea, sin lapso de tiempo".

"¿Qué es lo que os impide ser felices? Sois parte de mi, y yo mismo soy UNO con

todos y cada uno de vosotros. El sólo recuerdo de quienes sois y la certeza de que nada puede salir mal debería ser suficiente para que respirarais con gozo cada instante de eso que llamáis vida”.